



LAS NOCHES
DE BABEL

Ricardo Miró



NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



LAS NOCHES DE BABEL

RICARDO MIRÓ

Héctor Fernando Vizcarra
Presentación

Novelas en la Frontera
EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Ricardo Miró, *Las noches de Babel*
Primera edición digital: 26 de agosto de 2020
D.R. © 2020 Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000
Ciudad Universitaria, 04510, Alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n. entre 44 y 46
Col. Industrial, 97150
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Avenida Universidad 3000
Torre II de Humanidades piso 3
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. El proyecto cosmopolita y el detective en <i>Las noches de Babel</i> <i>Héctor Fernando Vizcarra</i>	7
<i>Las noches de Babel</i>	
Primera parte	
I. Las calles de la moderna Babel interoceánica zumbaban	21
II. Enrique de Picardelli era, en efecto, un joven guapo	31
III. El Teatro Nacional estaba radiante la noche de la coronación	37
IV. La platea del hermoso teatro Variedades estaba convertida en salón de baile	39
V. El parque de Santa Ana era un inmenso hormiguero de mil colores	47
VI. Al pasar a lo largo de la avenida Central	57
VII. Cuando Raf llegó al hotel Central aquella mañana	67
VIII. Enrique de Picardelli era figura obligada en todas las fiestas	73

IX. Raf venía aquella mañana pensativo y malhumorado	79	XXV. Cinco minutos faltaban para las diez	187
X. —Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar	85	Epílogo. —Pues me ha encantado tu tierra, chico	189
Segunda parte. Raf		Noticia del texto	191
XI. Raf bajó del coche y entró a la fonda	95	Ricardo Miró. Trazo biográfico	193
XII. Raf de mi alma y de mi vida	105		
XIII. —¿Qué hay, Leoni?	111		
XIV. Raf llegó a su casa y se tendió en una hamaca	121		
XV. Tina de Albarrán era francamente bella	125		
XVI. Raf se hacía la corbata	131		
XVII. —Oh, si supieran que usted está en mis habitaciones	141		
XVIII. —Presente, alto, sin novedad	149		
XIX. —Vamos a ver, caballero Candelilla, qué noticias me trae usted	155		
XX. El domicilio del círculo comercial estaba	159		
XXI. El general Varón, el capitán Rivera, el vigilante Villarreal	167		
XXII. El escándalo provocado por la prisión de Enrique de Picardelli	173		
XXIII. —Oh, no me lo debes negar, es inútil	177		
XXIV. El coche que llevaba a Magdalena se detuvo en Bella Vista	183		

PRESENTACIÓN

El proyecto cosmopolita y el detective
en *Las noches de Babel*
Héctor Fernando Vizcarra

La modernidad industrializada del siglo XIX causó profundas transformaciones en las dinámicas sociales de los países con las economías más desarrolladas, principalmente de Europa Occidental e Inglaterra. En el continente americano, los Estados Unidos, luego de acrecentar su territorio hacia los límites de la costa oeste y hacia el sur, experimentaron esos cambios mientras empezaban a formular narrativas de fundación y mitologías acordes con su ideología, sintetizadas en el género western, difundido por entregas en publicaciones periódicas, y en los cuentos de terror que daban continuidad a la novela gótica europea del siglo anterior.

Entre los autores de dichos cuentos, Edgar Allan Poe colaboró con la creación de una visión del relato de horror como lo entendemos actualmente, donde un su-

ceso sobrenatural llega de súbito para desestabilizar la lógica, eludiendo cualquier explicación racional. Apenas iniciada la década de 1840, desde Filadelfia, Poe ideó una trama con ese modelo de horror como base, pero ubicada en París, donde una madre y su hija aparecen cruelmente asesinadas en su domicilio, con las puertas y las ventanas atrancadas desde el interior. Una circunstancia múltiples veces retomada y que, a partir de ese cuento, será conocida como misterio de cuarto cerrado.

El enigma central de “Los crímenes de la calle Morgue” (1841) sugiere la intromisión de fuerzas extrañas y ajenas a la naturaleza de la ciudad, hasta que un personaje de origen aristocrático venido a menos, Auguste Dupin, ofrece la resolución del acertijo gracias a una herramienta infalible y exclusivamente humana: el uso adecuado de la observación minuciosa y del raciocinio; en otras palabras, la inteligencia analítica del hombre triunfando sobre la barbarie, uno de los postulados esenciales de la modernidad ilustrada y del cientificismo cartesiano. Por otro lado, con la participación del caballero Dupin en ese cuento de violencia insólita, Poe coloca en el papel protagonista al primer detective reconocido por la historia literaria canónica, y con ello, quizá de modo involuntario, trastoca el género de terror para concebir uno distinto: el relato policial clásico.

Un par de décadas después de que Auguste Dupin resolviera en la capital francesa ese y otros dos enigmas relatados en “El misterio de Marie Rogêt” (1842) y “La carta robada” (1844), en Francia e Inglaterra surgen las primeras novelas de detectives en formato de folletín; es decir, historias episódicas (publicadas por lo regular cada semana) donde el público lector, enganchado con el patrón secuencial, acompañaba las peripecias y los descubrimientos del personaje principal, quien suele elaborar hipótesis tan extravagantes como sus costumbres privadas y, en las páginas finales, brinda respuestas certeras a los problemas. Dicho esquema de investigación sobre misterios criminales se repite con éxito comercial en *El caso Lerouge* (1866) de Émile Gaboriau y en *La piedra lunar* (1868) de Wilkie Collins. De esta forma, la novela policial temprana se nutre de las circunstancias extraliterarias del siglo XIX, que van de los avances tecnológicos incorporados a la cotidianidad urbana, como el análisis de huellas dactilares y la invención de la locomotora, al interés general por las noticias de la prensa periódica, en particular aquellas con énfasis sangriento.

En esa etapa de descubrimientos y reconfiguración social dentro del capitalismo, el médico escocés Arthur Conan Doyle moldea a Sherlock Holmes, el detective ficcional de mayor celebridad en la literatura y en todas

las demás plataformas comunicativas. Holmes, como su antecesor Dupin, es una especie de burgués, más por sus costumbres que por su posición económica: ambos son individuos desinteresados por los conflictos sociales de su época, siempre concentrados en poner a prueba sus aptitudes de observación y de abstracción. A diferencia de los detectives privados del siglo xx, que trabajan por honorarios, beben alcohol, alquilan un despacho con su nombre en la puerta, soportan golpizas y usan gabardina y revólveres, Dupin y Holmes, detectives consultores o *amateurs*, no llevan a cabo sus investigaciones buscando remuneración financiera, sino por el placer de reflexionar y comparar datos, inmersos en un duelo constante entre lo desconocido y la luz de las revelaciones imprevistas. Se trata, como afirma el doctor John Watson, compañero inseparable de Holmes, de “máquinas perfectas de razonar”, mentes excéntricas que, en el ámbito de la literatura, nos ilustran a la perfección la confianza que para entonces aún se depositaba en el progreso tecnológico, constructor de un porvenir cercano a la utopía.

En el momento de la aparición de Sherlock Holmes en *Estudio en escarlata* (1887), las ex colonias españolas del continente americano son naciones relativamente jóvenes, endebles, cruzadas por contiendas armadas y pugnas ideológicas. Algunas pocas, como Argentina y

México, proclaman la pertinencia de la conformación de literaturas oficiales vinculadas con sus proyectos de estado específicos, y no es extraño que quienes inciden en la vida política de sus naciones sean también literatos; otros países, como Cuba y la mayoría de los del Caribe (salvo Haití), apenas iniciaban su proceso de independencia. Como consecuencia, en prácticamente todo el territorio americano de habla española la creación literaria estaba vinculada con el ejercicio de la política.

Un ejemplo notable de esta doble función de ente político e intelectual lo hallamos en el argentino Raúl Waleis, seudónimo de Luis V. Varela (1845-1911), diputado, presidente de la Suprema Corte de Justicia de Buenos Aires y autor de *La buella del crimen* (1877), considerada la primera novela policial latinoamericana e incluso de la lengua castellana. Tomando como referencia las obras de Émile Gaboriau, Waleis escribe, según su propia denominación, dos “novelas jurídicas” (a *La buella del crimen* sigue *Clemencia*, también de 1877) situadas en París y protagonizadas por un detective francés, Andrés L’Archiduc. Si bien en estas obras iniciales del policial en América Latina no hay personajes principales que provengan de nuestro continente, sí hay una conciencia plena del género ficcional al que se adscriben, comenzando con ello una suerte de

transculturación latinoamericana del relato basado en pesquisas metódicas sobre incidentes criminales.

Como producto de la modernidad, la literatura policial tiene un carácter marcadamente urbano, punitivo y “civilizador”; por ello, la ciudad es, junto con el detective, uno de los componentes esenciales del género al reafirmar la dicotomía positivista entre barbarie y civilización, y al acentuar la importancia de estos centros de conocimiento frente al mundo rural, presuntamente atrasado con relación a las novedades científicas. Por estas razones, París, la “capital del siglo xix”, de acuerdo con Walter Benjamin, es para Poe y Waleis el núcleo cultural e intelectual donde el oficio del detective de ficción resulta verosímil, y donde sus habitantes actúan bajo la paradoja del peligro en medio de la muchedumbre anónima de las avenidas y las bondades de investigación judicial, como aquel Londres victoriano en el que Holmes auxilia a los policías de Scotland Yard, aprovechando cada aventura para humillarlos y recordarles su impericia.

Así pues, el desarrollo tecnológico, el cosmopolitismo y las tensiones entre el centro y la periferia (geográfica, cultural y política) son temas primordiales de finales del siglo xix y principios de xx que nos permiten abordar *Las noches de Babel*, novela corta del panameño Ricardo Miró.

Sin que podamos afirmar que *Las noches de Babel* (1913) sea enteramente una ficción policial clásica, dado que los acertijos y enredos que resuelve el protagonista Rafael de Umaña, Raf, aparecen hacia la mitad de la obra, resulta posible observar elementos de la narrativa de detección que, para la fecha en que se publica la obra, ya eran identificados con facilidad por autores, lectores y editores. El título alude obviamente al movimiento festivo de la vida nocturna panameña durante los años de la construcción del canal interoceánico, y al manifiesto deseo de Miró por posicionar a la Ciudad de Panamá como un punto de referencia cultural y comercial a corto plazo en Centroamérica, el Caribe e incluso toda América. Es importante recordar que las actividades nocturnas en el ámbito público, así como el aprovechamiento de sus espacios abiertos y cerrados, aumentaron considerablemente a partir de la instalación del alumbrado callejero y del empleo de la electricidad, comodidades que permitieron alargar el horario de prácticas recreativas en las zonas urbanizadas, pero también la jornada de trabajo para las clases populares, en su mayoría obreros de las fábricas. En este escenario, cuya prosperidad se antoja inminente gracias a una de las obras de ingeniería más arriesgadas del siglo xx, presenciamos el arribo de la modernidad a un ambiente de carnaval tropical animado por el clima, la promesa

de abundancia, la integración pacífica de inmigrantes y el tránsito de turistas europeos y americanos de ambos hemisferios.

La “moderna Babel interoceánica”, como la llama Ricardo Miró, es una combinación de la urbe desarrollada y la pequeña ciudad de provincia donde casi todos los habitantes se conocen (ambos aspectos recalcados a lo largo del texto), lo cual le confiere una particularidad propia, ya que parece estar destinada a convertirse en uno de los centros de la periferia en la geopolítica del siglo xx. En el Panamá de *Las noches de Babel* abundan cines, teatros, comercios, inversión extranjera, líneas de teléfono y electricidad; sus recintos llevan nombres como Gran Hotel Internacional, Gran Hotel Central, heladería Imperial, teatro Variedades, y por sus calles circulan automóviles de manufactura norteamericana y europea. Se nos ofrece la representación minuciosa del cosmopolitismo en su versión caribeña, como para la época lo eran las capitales de Cuba y Costa Rica, y es frecuente que Miró realice analogías con otras ciudades para contextualizar al lector, como cuando se refiere al “barrio de Bella Vista, que viene a ser en Panamá lo que La Corniche en Marsella y el Vedado en La Habana”.

A ese espacio babilónico y tropical corresponde un cierto tipo de burguesía con tintes aristocráticos, círculo social donde se desenvuelve principalmente la trama,

si bien encontramos escenas ubicadas en barrios pobres y en cantinas de los bajos fondos, que también forman parte esencial del imaginario de las grandes ciudades y de los relatos policiales. Las noches de carnaval están caracterizadas por el bullicio alegre de la multitud, según la perspectiva de la *socialite* panameña a la que pertenece Raf, que mira desde un sitio privilegiado la “armonía tan perfecta entre el gobierno, la aristocracia y el pueblo”, como expresa con admiración uno de los visitantes extranjeros en los primeros capítulos de la novela. El libre acceso a las celebraciones callejeras del carnaval tiene su contraparte en el *palm garden* del Hotel Central, esfera privada donde los miembros masculinos de la alta sociedad panameña se reúnen para discutir asuntos inherentes a su estrato y donde celebran “sesión permanente todos los ‘hombres de figura’, todos los ‘tipos *sport*’ de la ciudad”, un aposento con fuertes resonancias del Club Diógenes del universo ficcional de Sherlock Holmes y de otros clubes exclusivos para *gentlemen*, y que confiere a la historia de Miró un aura de intriga y confidencialidad entre la minoría adinerada, atmósfera determinante para que Rafael de Umaña se anime a ejercer su labor como detective aficionado.

Aunque en la mayoría de las representaciones de la alta sociedad Miró recurre a lugares comunes (el despilfarrador, la mujer frívola, la solterona, el joven

amargado entre su riqueza), resulta interesante la tipología de ciertos actores sociales que, por un lado, parecen poner freno al desarrollo y a la prosperidad de Panamá, mientras que otros serían un factor necesario para lograr ese salto de la marginalidad a la relevancia mundial. Entre los primeros encontramos a los viejos políticos mañosos, tráfugas y antirreformistas, que encarnan en sus actitudes el discurso conservador decimonónico, y al modelo de mujer panameña que reniega de su país, sus costumbres y sus compatriotas, como Tina de Albarrán, “una reina de belleza y elegancia [...] sosa y trivial, como muchas de nuestras mujeres, fundada en sus millones”, quien sólo estaría dispuesta a unirse en matrimonio con un extranjero, en una personificación clara del antinacionalismo latinoamericano. Por otro lado, se señala la ausencia del periodismo como actividad profesional, en particular la prensa de sociales, por lo que el protagonista lamenta la falta de “buen gusto” de sus coterráneos al no darle importancia a dicha labor, signo de que aún no llega del todo la ola civilizatoria a esa región, “porque para que haya cronistas sociales [dice Raf] se necesita que haya primero sociedad, y aquí no la hay”.

En el conglomerado de partícipes de la novela, por último, tenemos al protagonista de *Las noches de Babel*, enamorado, culto, reflexivo y, en su tiempo libre (que

es bastante), detective aficionado. Raf es un típico *flâneur*, es decir, un individuo de economía holgada que, literalmente, vaga sin premura por la ciudad, sólo por el gusto de perderse entre sus calles y avenidas mientras observa con atención el comportamiento de la gente. Raf completa el círculo de los aspectos que hemos abordado en estas páginas, y es gracias a él que podemos leer la novela de Ricardo Miró como una obra influida por el género policial clásico.

Como muchos detectives ficticios, Rafael de Umaña alberga la ilusión de volverse un Sherlock Holmes o un Auguste Dupin de su propio entorno, adaptar a su ciudad los trayectos nocturnos de los investigadores famosos, dispuesto a correr peligros para hallar a los culpables. No develaremos aquí la naturaleza de los delitos y misterios relatados en la novela; sin embargo, para concluir este breve texto es preciso señalar un rasgo de su personaje principal: su cercanía con la bohemia intelectual a pesar de su talante aristocrático.

Además de sus virtudes detectivescas evidentes, como la sagacidad, la introspección y la intuición, Raf se presenta como un sujeto sensible a las artes. Es poeta, y en su círculo hay quienes, incluso, lo admiten como uno sobresaliente. Este aspecto no es irrelevante, pues evoca la unión entre la inteligencia lógico-matemática de la modernidad y la inspiración creativa del individuo

excéntrico, cruce que ha hecho factible la popularidad de los detectives ficticios y su éxito sin interrupción entre el público, desde aquellos relatos de Poe, editados en revistas de circulación limitada, hasta las primeras décadas del siglo XXI, dominadas por las series audiovisuales disponibles en *streaming*. Porque, a pesar de que los mitos del desarrollo tecnológico no hayan cumplido cabalmente las esperanzas que presagiaban hace más de cien años, y de que las tensiones entre los centros dominantes y las periferias permanezcan vigentes, cada ciudad del planeta, cada espacio concurrido por la multitud, continúa exigiendo su detective propio. Y Raf, como podrá constatarse en las páginas siguientes, es quien asume por vez primera esa encomienda en la Ciudad de Panamá.

Una vez expuestos estos indicios y pistas elementales sobre el texto, invitamos a los lectores y lectoras a aceptar la complicidad de Rafael de Umaña, y a acompañarlo mientras se adentra en sus aventuras de la Babel centroamericana, a pocos meses de la inauguración del canal interoceánico.

LAS NOCHES DE BABEL

PRIMERA PARTE

I

Las calles de la moderna Babel interoceánica zumbaban llenas de una multitud heterogénea que hormigueaba, alegre y vocinglera, con aquel contento del pueblo trabajador en vísperas de una fiesta. Los coches, los tranvías y los automóviles pasaban cargados de hombres y mujeres que expresaban en sus rostros la alegría de vivir, y de vivir bien.

De las puertas de la gran estación del ferrocarril brotaba una multitud cosmopolita y pintoresca, que se disgregaba por la gran explanada que existe al frente, y precipitándose en tranvías y coches se repartía, tomando distintas direcciones. El Gran Hotel Internacional resplandecía, profusamente iluminado, y una orquesta de señoritas alemanas llenaba de animación los comedores.

Después, a lo largo de la avenida Central, los restaurantes y los comercios, todo lleno de gente, se sucedían en un desorden inquietante y febril que denotaba la fuerza y la vida de la joven ciudad que vigila la entrada del océano Pacífico.

De los alambres de los teléfonos y de la luz eléctrica pendían en forma de guirnalda enredaderas de serpentinatas, y a lo largo de la avenida el pendón blanco y celeste del carnaval se sucedía interminablemente, tremolando acariciado por una suave brisa del norte. Algunas mujeres pasaban con las cabezas salpicadas de confetis, porque ya el sugestivo papelillo comenzaba a alfombrar las plazas y las calles de la ciudad. Era sábado de carnaval.

—Pero chico, esto es hermosísimo. Tu tierra está llamada a tener un gran porvenir.

—Eso es lo que se discute. Hay quien dice que morirá al terminarse el canal, y hay también quien opina que entonces será cuando ha de comenzar su verdadera época de prosperidad y engrandecimiento.

—Qué va a morir, hombre. Nadie sabe eso mejor que los americanos, y no se explica que estando ellos seguros del decaimiento de la ciudad, estén interesando grandes capitales en negocios del país.

—Eso opino yo también, pero otros no piensan así.

—¿No dicen que el gobierno de Estados Unidos no permitirá a orillas del canal otras gentes que sus soldados y marinos?...

—Así se asegura.

—Pues entonces riéte tú de los peces de colores. Esto será grande porque sí, y ya lo veremos porque es cuestión de uno o dos años.

—Tampoco hay que hacerse muchas ilusiones.

—Pero si es claro, hombre, y salta a la vista de cualquiera. ¿Quieres apostar mil dólares a que Panamá duplique su población en sólo dos años? Ya ves, tienes dos años para pagar.

—No me gusta apostar tan largo, porque es triste y doloroso eso de estar viendo uno durante tanto tiempo que pierde.

—¿Qué palacio es este blanco de la derecha?...

—El domicilio de la Sociedad Española de Beneficencia.

—Es un hermoso edificio.

—Pues los españoles formales que hay en el país son pocos, relativamente, y sin grandes fortunas, y ya ves lo que han hecho sin ayuda de nadie. Si todas las colonias que tenemos fueran como la española, mucho tendría que agradecer nuestra ciudad a los extranjeros.

—Qué dos muchachas más elegantes éstas que pasan por aquí...

—Son Sofía y Elvira Sotomayor; dos señoritas peruanas que tienen algún tiempo de estar aquí.

—Pues una de ellas tiene un pie monísimo.

—¿Te gustan las mujeres por el pie?...

—Me gustan por todas partes; pero es lo primero que busco yo en una mujer, sobre todo si es elegante.

—Pues hay quien es de tu misma opinión, porque ya esos pies han inspirado versos.

—¿Versos?... Si los sabes, recítamelos.

—Sí, los recuerdo bien; se titulan “Al pasar”. Escucha:

Pasas, y se revuelven las miradas
ante tu gracia mórbida y ligera,
y parece brotar la primavera
de la tierra, detrás de tus pisadas...

Pasas, y ven los ojos bien despiertos,
cuando la brisa esboza tu ágil pierna,
que eres una triunfal Venus moderna
que va de luto por los dioses muertos.

Yo te miro que pasas y me abismo
pensando en el hermoso antagonismo
que eres desde los pies a la cabeza,
y no encuentro respuestas a mi empeño
de cómo un pie tan leve y tan pequeño
soporta sobre sí tanta belleza.

—Muy bonito, chico. ¿De quién son?

—De uno de estos poetillas de que disfrutamos en nuestro país.

—¿Qué es esa música que se escucha?...

—La retreta de Santa Ana. Alguna de las bandas que ameniza la víspera del carnaval.

El coche que conducía a los dos amigos había llegado a la plaza de Santa Ana, donde tuvo que detenerse debido a la enorme aglomeración de vehículos. El parque estaba rebosante, y a los acordes de la música se había iniciado la gran batalla de confetis que habría de durar cuatro días. De los balcones del hotel Metropole descendía incesantemente una lluvia de serpentinas y confetis que enturbiaba el ambiente y llenaba los coches y los automóviles. En el interior del hotel, en el gran salón de la cantina, los yanquis se divertían a su modo, y mientras unos se entretenían en llenar de confetis las copas de los demás, otros bailaban a los acordes de la orquesta, instalada en una tribuna, entre el comedor y el café.

—¿Y aquel edificio tan profusamente iluminado?...

—Es el teatro Variedades, de don Tomás Arias: una especie de *vaudeville* americano.

El coche, al fin, había podido abrirse paso, debido a la intervención de la policía, y caminaba trabajosamente entre una doble fila de carruajes y acosado incesantemente por las serpentinas.

—Pero éste es un entusiasmo extraordinario el que tienen en este país para celebrar el carnaval.

—Ya te lo había dicho, y te convencerás más, después. Hoy no es más que la víspera. Si hubieras visto el trabajo que costó convencer al pueblo de que debía celebrar el carnaval de una manera distinta de como la hacía antes. Hace ocho años te encontrabas por ahí con el primer descamisado que te echaba por la cabeza un balde de pintura que te dejaba nuevo...

—¡Diablos!...

—No, no tengas cuidado. Nosotros nos civilizamos rápidamente y eso ya no sucede.

—Bueno, pero ¿qué hacía entonces la policía?...

—¿La policía?... Pues toma, te echaba un balde de agua para refrescarte y para lavarte.

—Pero eso era salvaje.

—Hoy es cuando han venido a comprenderlo mis paisanos, lo cual prueba que somos adaptables a todo y que sólo se necesita enseñarnos qué cosa es buena y cuál es mala.

—¿Éste es otro teatro?...

—Sí, el teatro Amador. Hoy día tenemos el Nacional, el Variedades, el Amador, el Apolo y unos cuantos salones de cinematógrafo, y te advierto que los tres últimos son cosa de este año que acaba de pasar. Esta manzana, por ejemplo, no existía hace ocho meses. Todos esos edificios modernos que ahora ves ahí han reemplazado a unas casas antiguas, asquerosas. Por donde-

quiera que te dirijas encontrarás casas en construcción o algo que es más difícil y más digno de aplauso: la reconstrucción y transformación de casas viejas para dejar en su lugar todos estos edificios elegantes y modernos que ahora ves.

—Lo cual prueba que todo el mundo tiene aquí confianza en el porvenir.

—Eso parece indicarlo.

Al desembocar a la plaza de la catedral la aglomeración de gentes era enorme y, como en Santa Ana, al son de los acordes de una banda, la batalla de confetis había principiado. El coche que conducía a los dos amigos se detuvo en el Gran Hotel Central. Al penetrar al patio de palmeras del hotel, los dos amigos advirtieron que todo estaba lleno de una concurrencia alegre y elegante, que había invadido los comedores y el patio, y que bebía champaña, escuchando la notable orquesta guatemalteca del hotel.

De pronto, de una de las mesas se levantó un caballero y se dirigió a los jóvenes, que pasaban revista a las mujeres del comedor.

—Julio, chico, ¿cuándo has llegado?...

—Raúl, diablos, qué gordo estás... —y los amigos se abrazaron fuertemente.

Después de las primeras palabras de alegría, Julio de Monterrosa se volvió a su acompañante y le dijo:

—Te presento a Raúl Espinosa. El señor Enrique de Picardelli, amigo mío y compañero de viaje.

Después de la presentación, Raúl Espinosa los instó a sentarse en la mesa donde estaba con algunos amigos. Al reconocer a Julio, los apretones de mano y los abrazos se reanudaron y la presentación de Enrique de Picardelli se impuso. Julio de Monterrosa dijo:

—Yo no les voy a presentar a este amigo mío personalmente a cada uno porque eso es muy fastidioso cuando somos tantos y porque es ridículo. Les diré que se llama Enrique de Picardelli, que es argentino, hijo de padres italianos, que nos hemos conocido en el vapor, que viene a Panamá a estudiar la plaza para emprender grandes negocios y que es todo un hombre *sport*, todo un “nervio”, como decimos nosotros.

Y todo el mundo celebró la presentación, y se fraternizó inmediatamente.

Las botellas de champaña se sucedían interminablemente y los ojos y los espíritus comenzaban a alegrarse.

—Usted vendrá con nosotros a la coronación de la reina y luego al baile del Unión. Allí le presentaremos un poco de muchachas para que conozca nuestro personal femenino —dijo uno de ellos.

—Oh, tendré que cambiarme de ropa, y no sé si habrá tiempo.

—No, señor; usted está de viaje y así va muy bien.

—Imposible. Además, tengo la virtud de ser un poco Frégoli y me visto de prisa. Tengo mi equipaje en el hotel Internacional y es cuestión de diez o quince minutos tomando un coche.

—No, señor; irá usted en mi automóvil.

—Es usted muy amable, pero pudiera necesitarlo.

—Para nada, no nos moveremos de aquí hasta que usted regrese, y el automóvil habría de estar parado allí. Con que no tenga usted cuidado.

—Bien, acepto muy agradecido.

—No vale la pena, hombre. Venga —y haciendo una elegante reverencia, Enrique de Picardelli salió llevado por el brazo de Raúl Espinosa que fue quien galantemente le ofreció su automóvil. Al llegar al coche el *chauffeur* abrió la portezuela, y Raúl le dijo secamente:

—Haga lo que el señor le diga.

—Gracias.

—De nada y hasta luego.

—Hasta luego.

Y el automóvil partió estrepitosamente dejando en el aire una nube de humo y un penetrante olor a bencina, mientras Raúl regresaba donde estaban sus amigos.

—Qué muchacho más elegante y más simpático éste —dijo al llegar.

—Eso estábamos diciendo.

—Pues cuando lo conozcan bien les gustará más.

Debe ser riquísimo porque gasta mucho. En todo el viaje no ha hecho más que beber champaña y jugar *poker*. A mí me tenía casi quebrado, y él ha perdido como 1 500 dólares y se ha quedado tan fresco como si no hubiera pasado tal cosa. Más tarde lo verán...

II

Enrique de Picardelli era, en efecto, un joven guapo, simpático, atrayente. Vestía con elegancia y tenía esa distinción que poseen algunos de los grandes artistas franceses. Un par de ojos grandes y soñadores, de éstos que sólo se ven en ciertos tipos italianos, una nariz perfilada, recta, severa, un bigote a lo káiser y una dentadura blanca y pareja, daban a su rostro una expresión que hubiera sido casi femenina, si sus cejas no se contrajeran de vez en cuando denotando en él un carácter fuerte y duro. Si a todo aquel conjunto se agrega el que sabía gastar su dinero con prodigalidad, se comprenderá que a Enrique de Picardelli lo acompañara siempre el éxito en todas sus cosas. Era de aquellas personas que desde el primer momento nos predisponen en su favor, por su aspecto, por su cultura, por su manera de convencer...

Un cuarto de hora escaso tardó en regresar Enrique de Picardelli al lado de sus nuevos amigos. Al verlo aparecer, Raúl exclamó:

—Amigo, es usted un transformista.

—Algo hay de eso —dijo Enrique sonriendo, y agregó—: Ahora me toca a mí, señores —y llamando al camarero le ordenó dos botellas de champaña.

Los compañeros lo examinaban disimuladamente, con esa discreción de los hombres elegantes que se encuentran de pronto delante de uno de esos petronios que imponen la moda en las grandes ciudades; porque Picardelli estaba admirablemente trajeado. Un hermosísimo *frac* de irreprochable corte inglés, que parecía salir de la sastrería y no del baúl; un precioso chaleco color perla, con sólo dos botones color de absenta o de ópalo y, surgiendo del bolsillo del pantalón, por debajo del chaleco, una leopoldina negra con un hermosísimo brillante graciosamente engarzado en un pasador de oro. En el ojal llevaba una gardenia recién abierta.

—Camarada: se ve que usted no se duerme. Acaba de llegar a Panamá y ya tiene usted quien le guarde flores, y en cambio nosotros...

—Oh, porque queréis. Esta gardenia la tomé de aquel jardín que está al frente del hotel Internacional. Yo no puedo llevar *frac* sin una gardenia en el ojal. Con decirles que tengo en el baúl un ramo de ellas hecho de trapo, admirablemente imitadas, les digo todo. Las gardenias son mi única debilidad.

A la distancia se oía una música que se acercaba lentamente. Algunas luces de bengala llenaban de fan-

tástica claridad el cielo. Los voladores también se desmayaban luminosamente en las profundidades de la noche serena, mientras la música se acercaba y el clamor crecía.

—¿De qué se trata?... —preguntó Picardelli.

—La reina, que llega para ser coronada.

—Hombre, yo quisiera conocerla.

—Mientras se la presentamos esta noche, ya la verá ahora pasar por aquí.

En efecto, la muchedumbre comenzaba a desbordarse de la avenida Central al parque. Delante venía una chiquillería bulliciosa, armada de pitos y luciendo trajes de payasos y arlequines más o menos flamantes. Luego seguía un piquete de la policía nacional. Después el cuerpo de bomberos, con su banda a la cabeza y armados de antorchas que daban a la procesión un aspecto fantástico y deslumbrador. Luego venía, en el coche del gobernador de la zona del Canal, *mister* Thacher, cedido galantemente por él durante toda la fiesta, su graciosísima majestad Ramona Emilia I, reina del carnaval por la gracia de la belleza y por la voluntad del pueblo soberano. En torno del coche real y custodiándolo venían numerosos caballeros vestidos con ricos y caprichosos trajes, cabalgando relucientes y briosos caballos peruanos que, al escuchar el estrépito de las músicas y el estallar en el espacio de los voladores, erguían

las orejas y se encabritaban gallardamente, mientras el ojo se tornaba sangriento y el belfo se retocaba de blanca espuma. Una doble fila de hachones y mil bengalas de mil colores iluminaban aquel bellissimo cuadro que evocaba los más radiantes episodios de aquella edad de oro de la galantería y el amor...

—¿Cuál, cuál es la reina? —preguntó Picardelli cuando el cortejo pasaba frente al Central.

—La de cabellos rubios, ésa que siempre sonrío.

—Pues tiene un tipo muy aristocrático, muy universal. Lo mismo parece una francesa distinguida que una manola sevillana, o una princesa del Japón. Parece que hubiera estado destinada a llevar una corona, ¿no es cierto?...

—Cuando la conozca se convencerá más de que es cierto lo que usted dice. Es una de nuestras señoritas más cultas, y ese cosmopolitismo que usted le nota se debe a que ha viajado mucho y se ha adaptado a todas las costumbres y a todos los idiomas...

—Y no tiene novio.

—No tiene. Es un misterio. Parece que nos desprecia a los hombres, porque ha tenido buenos partidos aquí y en todas partes y no ha aceptado a nadie nunca.

—Es raro.

—Sí, es raro, pero es verdad.

—¿Y ese joven que cabalga en ese caballo negro?

—Es el rey; una de nuestras bellezas masculinas. Se llama Julio Alvarado.

—Parece que se siente feliz.

—Oh, es un hombre dichoso él. Calcule usted que ha averiguado la manera de estar contento toda la vida y siempre se le ve reír.

—Pues de todas maneras es una felicidad.

El coche de la reina pasaba rodeado de fuerzas de policía, de heraldos y caballeros que montaban sobre briosos corceles. A la luz de los variados tonos de las bengalas y de las antorchas, el cuadro tomaba prestigio y, entre la nube de los confetis dorados y de mil colores, los fulgores de los ojos de la reina Ramona y de sus damas, y el destello de sus pedrerías, se confundían con el brillo de las bayonetas de los gendarmes y de las espadas de los caballeros. Detrás, en una larga procesión de automóviles y coches, venían la junta del carnaval y el pueblo, radiante de franca y noble alegría.

Enrique de Picardelli exclamó al pasar el cortejo:

—Debo confesarles que estoy sorprendido. He ido por todas partes y he visto muchos carnavales, pero jamás vi una armonía tan perfecta entre el gobierno, la aristocracia y el pueblo. Es una hermosa manifestación de cultura ésta que dan ustedes al celebrar el carnaval de este modo.

—Pues ése que va ahí, ese rubio de los grandes bigotes, es un suizo a cuyo entusiasmo se debe en gran parte el éxito de nuestras fiestas.

—¿Es un joyero que se llama Mistelli?...

—Sí, el mismo. ¿Lo conoce usted?...

—Me lo mostró Julio esta tarde, al llegar.

—Bien, ahora bebamos por el carnaval de ustedes.
Camarero —llamó Picardelli.

—De ningún modo. Ahora me toca a mí.

—Amigo Picardelli. Usted es extranjero y huésped nuestro.

—Por lo mismo, ustedes deben dejar que les manifieste mi entusiasmo de esta manera. Como, según me han dicho, esta juerga dura cuatro días, ya habrá tiempo para todo; pero ahora yo suplico que me dejen pagar a mí. Camarero, traiga cuatro botellas de champaña...

III

El Teatro Nacional estaba radiante la noche de la coronación. La platea, los pasillos, los anfiteatros, los palcos y la galería estaban atestados de un público regocijado y heterogéneo. Desde los altos palcos las serpentinatas bajaban tejiendo una luminosa telaraña de mil colores y por entre los claros se veían por doquier lindos rostros de mujeres que reían. La junta organizadora había hecho colocar en cada butaca sacos de confetis, pero los primeros en llegar se apoderaron de todo y la batalla era desigual y llena de incidentes. La orquesta nacional que dirige Pablo Boza era la encargada de llevar la parte musical del programa de la fiesta.

De pronto se oyó un gran murmullo que venía de fuera y la gente se precipitó por las puertas y por los pasillos. Las reinas llegaban, acompañadas de sus damas de honor. Entre un gran aplauso tomaron asiento en sus respectivos tronos la reina Isabel, de grandes e inquietantes ojos negros, que entregaba el cetro de las fiestas, y la reina Ramona Emilia, rubia gentil y aristocrática, con castellanas reminiscencias goyescas.

La lluvia de confetis, recrudescida, ofrecía en el quieto ambiente del teatro un fantástico efecto. Sostenidos por el viento de los abanicos eléctricos, los confetis vacilaban en el espacio como una lluvia de menudísimos copos de nieve de mil colores y caían cubriendo las cabezas y cubriéndolo todo con una policromía que daba al patio de platea un maravilloso efecto de cuento de magia.

De pronto la orquesta rompió de nuevo y un silencio solemne se hizo en el teatro. La ceremonia de la coronación comenzaba y la expectación se hacía general. Terminada la marcha ejecutada por la orquesta nacional, Isabel, la de los grandes ojos, se puso en pie y pronunció un corto y elocuente discurso, entregando la corona del carnaval, y Ramona Emilia, la Andaluza, lo contestó con una elocuente y brevísima peroración. El aplauso a las dos bellezas parlamentarias fue general y por un momento un murmullo comentarista zumbó en el recinto del teatro. La orquesta preludió de nuevo y apareció en la escena Alcides Briceño, nuestro tenor, vistiendo un riquísimo traje de payaso e interpretó admirablemente la bellísima romanza del gran Leoncavallo. Las ovaciones se sucedían sin interrupción en cada número del programa, y al fin la fiesta terminó brillantemente con un desfile anunciado por el simpático Pitín Obarrio, introductor de embajadores, y tocado por la orquesta del popular Pol, que había estado a la altura de la fiesta...

IV

La platea del hermoso teatro Variedades estaba convertida en salón de baile. Desde los altos palcos caían hermosísimas guirnaldas de flores entre las cuales se entretejían las serpentinas. Todo era contento, carcajadas y vocinglería, y la franca risa de las mujeres, que burlaban algún amigo bajo la coquetería del antifaz, llenaba de voluptuosidades el ambiente de la noche carnalesca.

En una butaca de anfiteatro, absorto y olvidado del bullicio que lo rodeaba, Rafael Umaña y Calderón se reclinaba indolentemente hacia atrás, con la sien apoyada en la mano. Vestía *frac* y llevaba como una insignia de juventud y de galantería un rojo clavel prendido en el ojal del *frac*. De vez en vez, alguna voz femenina le decía adiós, y entonces Raf, como le llamaban generalmente, sonreía por ser cortés con una sonrisa forzada que denotaba una honda preocupación, una íntima pena, lejána de todo aquel estrépito, y volvía a adoptar su actitud de inglés aburrido.

De pronto, al lado de Raf vino a sentarse una máscara elegantísimamente ataviada. Un riquísimo traje de

princesa mora, todo blanco, adornado con grandes sargas de perlas, cubría el ágil cuerpo de aquella belleza incógnita. Sobre la cabeza, una redecilla de plata colocada a manera de turbante cubría su cabellera profundamente negra, y de las pequeñísimas y sonrosadas orejas pendían dos grandes argollas orientales que acariciaban el nacimiento del cuello de la hermosa y bravía mujer. Debía esconderse un precioso y enérgico perfil andaluz debajo del raso del impertinente antifaz.

Raf examinaba discretamente a la hermosa vecina que en suerte le había tocado, y como ella lo mirara de pronto con fijeza, él se resolvió a dirigirle la palabra.

—¿Se llama usted Sobeya, señora?...

—No, caballero.

—Entonces..., ¿Zulema?...

—Tampoco ha adivinado usted.

—Pues bien: ¿Zoraida?...

—¿Le gustan a usted los nombres orientales?

—Es que parece usted una de esas mujeres que a través del tiempo aún parecen vagar por los patios de la Alhambra de Granada, llenas de belleza, de tristeza y de poesía.

—¿Parece que es usted poeta?...

—No lo soy; pero, cuando uno está tan cerca de una mujer como usted, tiene que ser poeta forzoso, porque está dentro de un ambiente de hermosura y de

poesía y todo lo que se respira y todo lo que se habla tiene que estar impregnado del ambiente que nos rodea.

—Es usted muy vehemente, según parece.

—Sí, lo soy, debo confesarlo; pero al mismo tiempo debo decirle que me lo dejo conocer pocas veces y que hay pocas personas que lo sepan.

—¿Entonces debo creer que he tenido yo la fortuna de sorprenderle una intimidad muy suya?...

—Sí, señora, y yo la desgracia de dejarme sorprender por usted.

—¿De manera que usted juzga eso una desgracia?

—Sí, y a usted debe agradecerle esa manera mía de pensar, porque creo que siempre debemos estar a la defensiva cuando tratamos con mujeres, y sobre todo con mujeres elegantes, hermosas e inteligentes, como usted.

—Es usted un hombre galante y terrible; pero hablemos de otra cosa. Me parece que antes de llegar yo a sentarme aquí, estaba usted un poco preocupado.

—Sí, efectivamente, pero ha tenido usted el poder de borrarle aquella preocupación. Pensaba...

—¿En una mujer? —interrumpió vivamente ella.

—Sí, en una mujer...

—Y basta que haya llegado a su lado otra mujer, desconocida, para que usted olvide a aquélla. Sois todos lo mismo y queréis que nosotras no desconfiemos.

—No sé... Yo le podría decir. Yo no soy así, generalmente. Pero hay cierta cosa extraña, ciertas analogías...

—¿A que resulta que me parezco yo a la otra? —dijo la máscara riendo alegremente.

—No sé, no se lo podría decir. Físicamente pudiera ser; pero, después, no sé. Yo no le he hablado a ella; no sé qué metal de voz tiene. Sólo la he visto de lejos.

—¿Y se enamora usted de una mujer a quien no le ha hablado?... ¿Por qué quería usted ocultarme que era poeta y romántico por añadidura?...

—Oh, son cosas que dice la gente. Usted sabe que la gente siempre es imbécil.

—Pero ¿por qué se enfada usted de que lo llamen poeta si escribe versos?... Voy a acabar por no entenderlo a usted.

—¿Y quién le ha dicho a usted que yo escribo versos?...

—¿Quién?... Escuche:

¿No sabes quién era Lía,
la rubia sentimental?...
Una copa de cristal
llena de melancolía.
Escúchame: cierto día

se fue a jugar carnaval
y ebria del licor del mal
fue mala... porque fue mía.

”¿Creía usted que no conozco algo de lo que anda por ahí publicado?”...

—Bueno, pero ¿quién es usted?... si no es imprudente mi pregunta.

—¿Para qué quiere saberlo? Llámeme Sobeya, que cuadra bien a su romanticismo.

Raf se había quedado pensativo ante la evocación de aquellos versos que él había escrito hacía tanto tiempo y que la desconocida venía a recitar ahora con una oportunidad llena de promesas.

—Piensa el señor Raf de nuevo...

Raf irguió el busto y todo ruborizado se quedó mirando fijamente a la desconocida. No cabía duda; aquella mujer lo conocía perfectamente y había venido a sentarse a su lado con una idea anterior.

—Señora —dijo suplicante—, yo le pido decirme quién es usted.

—Oh, no tendría gracia y se le quitaría interés a la aventura.

—¿A la aventura dice usted?...

—Llámelo usted como quiera, señor poeta; incidente, por ejemplo —y la máscara rio burlonamente.

—Hace mucho calor dentro del teatro —dijo Raf acosado por la hermosa mujer, enjugándose la frente llena de sudor.

—Sí; yo también sentía calor y pensaba salir a dar una vuelta; pero me da miedo el ir sola con las calles tan llenas de gente.

—¿Y ha venido usted sola?...

—¿Cree usted que es empresa fácil robarme?...

—No, señora, no; pero si yo fuera su marido...

—Estaría usted muy lejos de Panamá, hombre.

—De manera que está usted sola en la ciudad.

—Sola, y por eso comprendo ahora mi imprudencia en andar por las calles así.

Y de nuevo rio burlonamente la máscara.

Raf se tornó intensamente pálido y haciendo un esfuerzo dijo:

—Señora, yo estoy haciendo ante usted un papel ridículo en el cual me ponen mi manera de ser y una circunstancia muy excepcional. ¿Usted recuerda que he tenido el valor de confesarle hace un rato que pensaba en una mujer cuando usted llegó a esa butaca?... Pues bien, yo y esa mujer nos prometimos formalmente encontrarnos esta noche y he ido al hotel donde se hospeda tres veces y con toda la discreción del caso he tratado de verla, y todo ha sido inútil. Las puertas del departamento que ocupa ella están cerradas y,

aunque en las habitaciones hay luz, por las persianas no se ve una sombra ni se escucha un rumor, y yo me vine al teatro a esperar que pasara un rato para volver a buscarla.

”Y, ¿le parece a usted bien dejar a una dama esperándonos indefinidamente para hacernos un favor?”...

—Tiene usted razón. Cumpla usted su promesa que yo me marcharé sola.

—Por Dios, señora. Cómo voy a marcharme dejándola a usted así... Dígame usted dónde desea que yo la acompañe y yo iré con muchísimo placer...

—No, si yo sólo deseaba tomar un poco de fresco.

—Pues permítame invitarla a dar un paseo en coche...

—Pero si lo esperan, hombre.

Raf suspiró de impaciencia y ella agregó:

—Acepto; pero es sólo porque casi estoy segura de que ella estará ahora al lado de un hombre.

—Imposible, ella no tiene amigos.

—Me da usted risa, Raf... No pensé que fuera usted tan... bueno.

Raf dio el brazo a la máscara y mordiéndose el labio de rabia se dirigió hacia la puerta del teatro. Las gentes se volvían ante la figura de aquella realísima hembra que francamente evocaba el recuerdo fastuoso de los califas y de los abencerrajes. Pero Raf no se había dado cuenta de ello pensando en su hermosa conquista del

hotel. Y es que aquella otra desconocida del hotel, con la elegancia de la máscara, tenía un rostro divino, de ésos que sólo se ven de vez en vez en las rejas de las ciudades andaluzas, con los ojos llenos de ensueño como impregnados de la tenue vaguedad poética de la Luna. Y, sobre todo, la del hotel era altiva, agresiva, como una Diana cazadora, y aristocrática como una marquesa, y ésta tenía el desenfado de una artista de dudoso mérito..., que lo mismo hubiera hecho con otro y el ideal era ante todo.

Al salir tomaron un coche.

—¿Dónde quiere usted que vayamos, señora? —preguntó Raf.

—Oh, lo mismo me da... Donde haya aire; tengo tanto calor...

—Sigue para afuera —dijo Raf al cochero.

V

El parque de Santa Ana era un inmenso hormiguero de mil colores. Desde las altas banderolas, que tremolaban mecidas por la brisa, hasta el suelo alfombrado por un grueso tapiz de confetis, todo deslumbraba y sonreía bajo la mirada de luz de los cinco mil focos suspendidos en la sombra de los alambres, que fingían leves serpentinatas, y de las ramas de los altos árboles asombrados de tanta alegría y tanto esplendor. A lo largo de la avenida Central la afluencia de gentes era también enorme. Tenía nuestra ciudad el aspecto de aquellas grandes urbes europeas, que tiemblan incessantemente al trepidar de los trenes que vomitan en sus calles una multitud nerviosa y febril que camina de ciudad en ciudad, ansiosa de llegar pronto a la muerte.

El coche había dejado atrás la ciudad y pasaba frente al hospicio de huérfanos donde la vocinglería de la mascarada llegaba como un zumbido de abejas en el viento. En la sombra se destacaban los letreros luminosos de los altos edificios de la ciudad y de vez en vez

un cohete trazaba su rúbrica de fuego en el lapislázuli sereno de la hermosa noche de primavera.

—Piensa usted, señora —rompió Raf.

—Evocaba, que, aunque parecido, es distinto...

Y la máscara dijo aquello dolorosamente, sentidamente, con un tono bien distinto del que había usado hasta entonces y que sorprendió a Raf.

—¿Pero está usted triste?...

—Triste, precisamente, no. Pero es tan melancólicamente dulce pensar cosas agradables que pasaron y momentos de alegría que se fueron, que las pupilas se humedecen al pensar que no las habremos de experimentar nunca más...

—¿Y por qué un momento feliz no ha de poder repetirse?...

—Oh, porque nuestro corazón cada minuto es otro... Somos como un tren expreso en viaje hacia la muerte y cada minuto que pasa vemos las cosas desde un punto de vista distinto. No importa que, como pasa en los viajes, estamos viendo mucho tiempo un mismo panorama y que nos parezca que siempre lo vemos igual, porque, en efecto, es otro cada vez que lo miramos y a cada vuelta que da la rueda que nos lleva...

Hubo una larga pausa en que ambos rememoraron cosas pasadas, dulcemente tristes por lejanas. Raf buscó una mano de la desconocida y la oprimió suavemente

y la besó con un beso casto, lleno de ternura y de paz. Ella continuó:

—Sólo amamos verdaderamente una vez en la vida.

Después, no hacemos sino pretender recordar con cada nuevo amorío aquel divino amor único, que nos llenó el alma y el cuerpo de todas las emociones, de todos los estremecimientos, de todos los desmayos...

—¿Y usted cree que el único amor sincero es el primer amor?...

—Sí; pero también creo que el último amor puede ser el primero. Da lástima pensar en el número de seres que pasan por la vida distraídos en devaneos efímeros, sin sospechar que el amor es algo grande, eterno, que nos llena el alma de miel o de veneno, de luz, de gloria o de sombra de infierno; un perfume que una vez que se nos entra por las ventanas del espíritu nos lo impregna todo, para toda la existencia, dándonos la vida o dándonos la muerte...

—¿Y usted ha sentido ya ese gran amor en su vida?

—No sé, no lo creo, aunque hay amores que sólo se manifiestan precisamente cuando creemos que están próximos a morir. Muchas veces terminamos sin esfuerzos, sin vacilaciones, los amoríos que tenemos con una persona y, a medida que el tiempo pasa y que las comparaciones se suceden, el recuerdo de aquella persona nos acompaña a toda hora y una vaga melan-

colfa del bien perdido nos embarga, y una necesidad de hacer justicia nos impele a buscar al amante que creímos poder olvidar fácilmente... No somos más que un puñado de dudas, de vacilaciones, de contradicciones.

Raf suspiró.

—Tiene usted —dijo— una juventud tan llena de experiencia como una ancianidad.

—Porque me ha gustado penetrar el alma de las cosas y hoy sé que en el fondo de todo no hay sino tristeza. Pero ¿qué más da, si precisamente el dolor es la fuente de todas las alegrías?

—Debe usted haber amado mucho y debe ser una gran profesora de ternura...

—Sí, he amado, he amado mucho, pero siempre sinceramente. Hay que aturdirse, que olvidarse de todo, y el amor, cuando no se adultera, es un dulce vino que nos embriaga de ilusión y de ensueño, y que nos hace la vida digna de vivirse. Además, hay que hacerse recuerdos porque es lo único que ha de quedarnos al final, cuando ya no podamos inspirar amores desinteresados...

La máscara había quedado pensativa, reclinada la cabeza sobre el respaldo del coche, de cara a las estrellas. Raf la miró largo rato y acercando luego la cabeza con lentitud le rozó el cuello alabastrino y mórbido con un beso religioso, tenue, fugaz...

—¿Ya ve usted lo que le decía hace un rato? Usted no me besa ahora a mí. Besa un dulce recuerdo que resucita en su memoria, y hace bien porque hace una cosa que le sale del fondo de su ser. Tenemos la obligación de hacernos recuerdos y hay gentes infelices que no saben hacérselos... Por eso vemos viejos agrios y hoscos, intransigentes con la juventud alegre e inquieta, como si alguien tuviera la culpa de su fracaso, como si alguien fuera responsable de que ellos hubieran dejado marchitar inútilmente la margarita de su juventud...

Y la máscara continuó como en un ensueño:

—Yo de mí sé decir que me hice un hermoso caudal de recuerdos y que mi alma, al fin, cuando sólo me quede volver la cabeza hacia atrás porque el porvenir no me brinde nada, será como uno de esos bellos tapices gobelinos donde las figuras se confunden en una amable lejanía, enlazados por el iris de los sutilísimos hilos de seda... Tantas ilusiones he tenido... Tantas tengo todavía.

Insensiblemente se habían ido acercando, confundiendo, y la máscara descansaba ya su divina cabeza sobre el hombro de Raf, que levantó el raso del antifaz y la besó en la boca dulcemente. La desconocida suspiró y se incorporó.

—¿Regresamos? —preguntó.

—Sí, regresemos.

Al volver el coche, se divisaban aún las rúbricas de oro de los cohetes rayando la serenidad azul de la noche, a lo lejos, sobre la ciudad borracha de alegría.

Caminaron en silencio un rato. Ella rompió:

—Ahora es usted quien se entristece, amigo mío.

—No, pensaba en usted... Es usted encantadora...

A su lado se le encuentra a la vida explicación...

—¿Y la del hotel?... ¿Tan frágil es usted?...

—Oh, la del hotel faltó... No he faltado yo a mi palabra.

—De manera, pues, que nuestra amistad se debe a la informalidad de una mujer —dijo ella maliciosamente.

—A una casualidad debe usted decir, señora; y usted sabe que a una casualidad se deben casi todas las cosas trascendentales que han sucedido desde que Adán se comió el primer durazno.

—La primera manzana, hombre.

—Le diré a usted: yo nunca digo sino durazno al referirme a aquella aventura. Me parece que es más propio, más justo... ¿No es cierto? —interrogó él mimosamente, besuqueándole una mano, agregó:

—Por ejemplo, tiene usted una hermosa mano aterciopelada, suave como hecha de piel de durazno.

La máscara se había echado de nuevo indolentemente sobre el respaldo del coche, con la cara de frente a las estrellas y, como dejara al descubierto por segunda vez

parte de su cuello grácil y alabastrino, Raf se acercó y le imprimió un beso cosquilleante, superficial y profundo a un tiempo mismo. Ella se estremeció y toda sofocada dijo, con fingida seriedad:

—Es preciso ser formal, señor Raf, con una dama que se ha confiado a usted...

—Lo cortés no quita lo valiente, señora.

Ella pensaba en cosas lejanas, mientras el coche subía el puente de Calidonia. La ciudad estaba adormeciéndose ya en los barrios extremos y en la explanada de la estación sólo en el hotel Internacional se oía música y se escuchaban carcajadas y animación...

—¿Quiere usted que vayamos a cenar al Internacional?...

—Imposible... ¿Está usted loco? —dijo ella, asustada.

Raf quedó perplejo.

—¿Por qué dice usted eso y por qué lo dice de ese modo? —preguntó.

—No, por nada... Como hay tanta gente allí...

—Bien, cenaremos en el Metropole.

—Tampoco. Yo debo retirarme. Es la una de la mañana.

—¿Se marcha usted, señora?...

—Usted dirá, hombre —dijo ella riendo francamente—. Además, a usted lo deben estar esperando...

—Por Dios, señora, no sea usted cruel...

—Pero si es cierto... Aquella pobre mujer habrá agarrado un catarro... y usted tan fresco.

Raf volvía a morderse los labios de impaciencia. La mujer romántica y soñadora, amiga de filosofías, había desaparecido, y sólo quedaba la hembra burlona, desesperante y dominadora que había conocido en el Variedades. El coche había llegado a la plaza de Santa Ana, donde aún se bailaba a los acordes de la banda de Brown. Raf indicó al auriga que se detuviese en el Metropole.

—Bien, Raf —dijo la máscara al detenerse el carruaje—, yo me marchó.

—Pero ¿cómo ha de ser eso, señora? —dijo Raf, dolorosamente sorprendido.

—Es indispensable. Después nos veremos.

—Pero no está bien esto que usted ha hecho conmigo.

—Efectivamente, y me gusta que sea usted mismo quien me eche en cara mi imprudencia. Yo no he debido hacer esto, y en el pecado llevo la penitencia.

—Perdóneme, señora, yo no he querido molestarla, perdóneme, se lo suplico.

—Si lo he perdonado ya, Raf, y espero poder vencerlo después. Adiós, o hasta pronto...

—¿Cuándo he de verla, señora?...

—Oh, en cualquier momento; yo misma no lo sé..., pero será pronto...

—Qué buena es usted; pero acuérdesese de que quedo contando los minutos que pasan.

—Pues si quiere distraerse y quiere oír un buen consejo, váyase a ver a la del hotel, créame.

—¿La del hotel?... Bah, usted ha tenido el poder de borrarla por completo de mi mente...

—Embustero. A ver si me promete no ir a buscarla...

—Se lo prometo; se lo juro por mi honor.

—Raf, fíjese lo que dice.

—Se lo juro por mi honor, señora.

—Bueno, pues si usted es hombre, si usted es hombre de veras, nos veremos muy pronto. Adiós...

Y riendo, la máscara corrió a un coche y se alejó, dejando a Raf preocupado con el sentido que pudieran tener aquellas palabras.

Raf vio alejarse el coche que conducía a la hermosa máscara hacia la parte central de la ciudad y, cuando el coche hubo desaparecido tras la esquina de la heladería Imperial, entró al Metropole y pidió un *whisky*. “¿Habré sido un tonto?...”, se preguntaba malhumorado. “He tenido una mujer hermosa a mi lado y he dejado que se escape. ¿Quién será ella?... ¿Por qué me conoce?... ¿Se sentó a mi lado casualmente o vino a buscarme?...”. Indudablemente había sido un imbécil

dejándola ir, y aquella mujer debía tenerle asco. Bueno y, después de todo, ¿qué?... Si era una mujer decente, ya se volverían a ver, porque ella lo había prometido, y si no lo era, nada se había perdido perdiéndola. Pero de todas maneras él tenía que confesarse que estaba nervioso y disgustado consigo mismo. Se bebió el *whisky* de un solo trago, tiró sobre la mesa una moneda de 25 centésimos y salió. Una vez fuera subió a un coche y dijo lacónicamente al cochero:

—Al club Unión.

VI

Al pasar a lo largo de la avenida Central, Raf pensaba si habría de encontrar a la máscara en el baile del Unión. Sería curioso verla allí y que se la presentaran ceremoniosamente: la hija del señor Gómez, la mujer de Pérez, o la hermana de Regúlez. Él se inclinaría con respeto, ella se erguiría altiva, y la gente no se daría cuenta de toda aquella farsa. De pronto el coche se detuvo: había llegado sin que Raf se diera cuenta de ello.

Subió rápidamente y entró al salón. Estaba desierto y grandes risas y ruidos de platos y copas venían del comedor. Había llegado a la hora de la cena y él juzgó el momento propicio para averiguar si la desconocida estaba allí. Pasó a lo largo del comedor, saludando a derecha e izquierda, y nada, la máscara no estaba allí. Salió a los balcones y estaban desiertos. Al salir al balcón de atrás, se encontró el grupo de amigos que dejara en el Central en las primeras horas de la noche.

—Hola, Raf, ven, siéntate con nosotros.

—Buena hora de llegar.

—Tienes una cara más triste que la de Raúl Espinosa.

—Tendré motivos que él no tiene.

—Entonces, ¿no sabes que le han robado la cartera con 1 500 dólares?...

—No estaría tan contento.

—Amigo —dijo Raúl—, “el ave canta, aunque la rama cruja”. Yo he mandado servir champaña, ¿ya ve usted?...

—¿Pero cómo y dónde lo robaron?

—Eso es lo que yo quisiera averiguar, aunque se quedaran con ella.

—Oh —dijo Enrique de Picardelli—, en cualquier parte. Yo siempre he creído que el 80 por ciento de los hombres somos ladrones y que todo es cuestión de las circunstancias en que nos encontremos y de las oportunidades que tengamos. Es una opinión.

—Pues todo fuera como eso para ti —dijo Raf, dirigiéndose a Raúl—; con sacar otra cartera y otros 1 500 dólares, no se te ha perdido nada... Pero a mí...

—Mujeres y mujeres y mujeres —cantó burlescamente Peyín Díaz.

Todos rieron y Raf indignado confesó:

—Pues sí, una mujer es, una mujer es lo que se me ha perdido.

—Quién sabe cuántas veces se habrá perdido ella, hombre.

—Bueno, pero como yo no lo sé, no me importa nada eso.

—Pero es que tú no comes por enamorar, Raf.

—Y tú no enamoras por comer, que es más asqueroso. Yo no entiendo eso de ir por la vida sin ir detrás de una mujer. Los que pasan por el mundo sin andar detrás de todas las mujeres, me parecen de esos animales que se van a los paseos de Las Sabanas a pie. Una mujer es siempre un coche que nos abrevia un pedazo de camino o que nos lo hace más agradable. Yo, por mi parte, andaría siempre agarrado a la cola de una mujer y no aflojaría hasta haberme agarrado de otra.

—Pero, amigo, usted es un antropófago.

—Yo lo llamo feminista.

—Bueno, pues, quedamos en que tú eres feminista —cerró Peyín entre la general hilaridad.

De pronto un ruido de sedas y metales llegó en la brisa envuelto en una onda de perfume y una bellísima mujer asomó en el salón. Todos se volvieron y Raf rio entonces.

—Ahora todos resultáis más feministas que yo.

—Tina, Tina de Albarrán —y el nombre corría entre un murmullo de admiración por toda la sala.

—Hermosa mujer —dijo De Picardelli.

—Se dice que es la mujer más bella de nuestra tierra, y su belleza se agranda cuando se sabe que llevará de dote un millón de dólares.

—¿Y cómo permanece soltera en esas condiciones?...

—Porque es invulnerable. Contra ella se han estrellado todos los ingenios y todas las gallardías masculinas.

—Es raro —dijo De Picardelli, pensativo.

La orquesta había comenzado un *two step* y las parejas se lanzaban entre los voluptuosos compases de la danza yanqui. Tina pasó bailando con Raúl Espinosa y, al saludar sonriendo al grupo de jóvenes, sus ojos tropezaron con los de Picardelli y se detuvieron sobre él un instante. Después, al pasar, muchas veces Raúl volvió la mirada hacia Enrique, y sonreía intencionadamente como diciéndole que se ocupaban de él.

Raf se puso en pie y se despidió.

—Buena suerte, chico, y que encuentres a esa perdida.

Raf salió sin contestar y subió a un coche.

—Sigue para afuera y pasa por el hotel Internacional —dijo al auriga, mientras se tendía indolentemente en el carruaje.

Pensaba en la bella mujer del hotel, que había faltado a la cita que le dio, y recordaba la palabra de honor

empeñada a la hermosa máscara de no ir en busca de la otra. Pero... ¿cómo habría de saberlo ella?... Además, un hombre tiene perfecto derecho de mentirle a una mujer, cuando el honor no anda de por medio. Sería una tontería injustificable tornar en serio aquel juramento hecho entre bromas y risas. Iría, iría de todos modos. Lo único malo que podría ocurrir sería precisamente encontrar a la bella y distinguida viajera, porque, ¿qué hacer entonces en medio de dos mujeres hermosas e igualmente interesantes?... Porque Raf opinaba a ratos que ningún amor valía el cúmulo de compromisos morales que trae consigo, inevitablemente. Y se sumió en un mundo de pensamientos tristes sobre el fondo amargo de todas las cosas, mientras el carruaje llegaba a la explanada de la estación.

—¿Al Tívoli, señor?...

Raf abrió los ojos y se orientó.

—No; tuerce hacia el Internacional, por la calle nueva —dijo. Y al volver el carruaje adivinó luz en el departamento que ocupaba su bella conquista. El corazón le latió fuertemente y Raf se sorprendió de la versatilidad de nuestros sentimientos. Ella estaba en el balcón, tendida indolentemente en una silla de balance, nimbada por la tenue claridad plateada de la Luna. Raf pasó mirando hacia el balcón y, como ella volviese la cabeza para seguir al coche, mandó al au-

riga detenerse, pagó y echó pie a tierra. Dio unos cuantos pasos y ella se puso en pie. Raf sintió una intensa alegría: indudablemente era esperado por la hermosa mujer quién sabe desde cuándo. Caminó lentamente hasta llegar debajo del balcón. Ella se había acodado a la baranda, quebrando el cuerpo hacia afuera confidencialmente.

—Buenas noches, señora.

—Buenas... Es usted muy informal.

—Oh, yo la he buscado a usted por todas partes y no la he visto.

—Estaba usted tan distraído...

—¿Yo? —negó Raf, turbado.

—Sí..., usted...

—Si usted supiera.

—¿Tiene algo que contarme?

—Y tanto...

—Pues si me promete ser discreto...

—¿Qué, entonces qué?...

—Le diría a usted que subiera y charlaríamos.

—Oh, si fuera usted tan buena...

—Sí, hombre, sí; suba usted, pero mucho cuidado y mucha discreción, ¿eh?...

A Raf le palpitaba el corazón mientras subía las alfombradas escaleras del hotel. La hermosa máscara se había borrado por completo de su imaginación, llena

únicamente de aquella extraña viajera que quizá tenía un “alma fugaz de actriz”.

Ella lo esperaba en la puerta y alzó la cortina para darle paso. Al encontrarse frente a frente, Raf, sorprendido, exclamó:

—Señora, ¿usted?...

—Oh, los hombres, los hombres... —dijo ella riendo.

—Perdón, señora, perdón —clamó Raf, besándole una mano.

—No le hubiera perdonado si respeta usted el juramento que me hizo al separarnos en el Metropole; pero ahora no tengo nada que perdonarle. Lo que usted ha hecho es muy masculino y muy humano. La prueba de que lo esperaba la tiene en esto —y sacó de una champañera una botella del noble vino y llenó dos copas colocadas sobre una bandeja de plata.

—Y, ¿cómo pagar tanta bondad, Magdalena?

—¿Quién le dijo que me llamo así? —preguntó ella curiosa.

—Oh, yo también tengo quien me diga las cosas que me interesa saber.

—No, Raf, por Dios, dígamelo, que nadie aquí sabe mi verdadero nombre—, dijo ella mimosamente.

—Pues esta tarjetita indiscreta que estaba dentro de ese libro de Maurice Barrès.

—Hago constar que me prometió ser discreto y que ya va la primera indiscreción, señor Raf.

—Ésta no la reconozco porque no es mía, sino suya. Yo trataré de no imitarla a usted en ese camino, señora Magdalena —y rieron y se miraron a los ojos largamente, cogidos de la mano.

—Salud, caballero, que nos vamos haciendo informales.

Y apuraron la copa de champaña y salieron al balcón, desde el cual se divisaba el mar como un lago dormido bajo el hechizo embrujador de la Luna, que declinaba. Se sentaron cerca, el uno frente al otro, enlazadas las manos.

—¿Sabes, Magdalena, que me has hecho sufrir y gozar mucho esta noche?...

—El ideal, porque sufrir solo, mata; y gozar solo, fastidia. La felicidad está precisamente en alternar el dolor con la alegría; conque ya ves si tienes razón para estar agradecido de mí.

—Y me has hecho sentir la voluptuosidad de verme querido por dos mujeres distintas, ambas bellas e interesantes.

—Por sistema también lo hice. Una mujer de talento debe siempre tener para el hombre que la quiere algo nuevo, si aspira a no verse olvidada o reemplazada por otra que las más de las veces vale menos que una.

—Eres encantadora, Magdalena.

—¿Si todavía no me conoces, por qué lo dices?

—Porque nunca me he sentido tan prisionero de una mujer como hoy lo soy tuyo, aunque apenas hace cuatro horas que te trato.

Y dobló la frente sobre las manos de Magdalena.

—¿Me quieres, Magdalena? —susurró.

—Todavía no; pero creo que he de quererte. Si no, no estarías aquí.

Raf alzó el rostro y los cabellos de Magdalena le rozaron la frente. Se miraron largamente, muy cerca los rostros, y Raf suplicó:

—Dame un beso.

Ella inclinó la cabeza blandamente y sus labios se juntaron a los de Raf en un beso largo y silencioso.

Sobre la línea indecisa del mar la aurora ponía una franja de oro, y en la infinita quietud de los cielos azules se iban apagando melancólicamente los últimos luceros.

VII

Cuando Raf llegó al hotel Central aquella mañana, estaba radiante de felicidad. Entre las bromas y risas de los amigos tuvo que confesar que había encontrado a su hermosa “perdida” de la noche anterior. Y como era natural en un hombre afortunado en amores, pidió el *cocktail* y el almuerzo para todos, aunque hubo de conformarse cuando vio que Enrique de Picardelli pedía el champaña.

—Es regla que no manca —dijo alguien—. Tú, Raf, encontraste anoche lo que buscabas y Picardelli encontró lo que no había pensado hallar.

—Cuando yo pierdo lo que juego, me echo a la calle seguro de que ha de haber lío, y jamás falla.

—No estaría malo si uno perdiera antes, pero perder después es perder dos veces.

—¿Qué opinas de eso, Raf?...

—Que yo estoy muy satisfecho y que ojalá siempre que perdiera la pérdida estuviera tan justificada como hoy.

—¿Y tú, Picardelli?...

—Yo no creo en esas tonterías de torero andaluz, y creo menos si se aplica la regla a mi caso.

—¿De manera que niegas que tú y Tina de Albarrán tenéis amores?...

—Pero si la he conocido anoche, señores.

—Eso bueno tienen las mujeres como Tina. No coquetean a nadie, no hacen gastos de amor superfluos, y el día que quieren se desbordan como la cerveza.

—Buenos días, señores —dijo un mozo robusto que tomó una silla y se sentó resueltamente—. Tú —agregó dirigiéndose al camarero—, dame un *whisky*.

—Hola, viejo, ¿qué es de tu vida?... Furioso como siempre, ¿no es cierto?

—Claro, es claro. En este país no se puede vivir, porque está uno entre bribones hasta el pescuezo.

Todos reían divertidos de aquel muchacho que tenía la particularidad de vivir furioso.

—Calla la boca que te voy a presentar a este caballero. El señor Enrique de Picardelli... El señor Manuel Altamira, ex concejal, ex diputado y ex cónsul.

—Sí, señor, ex todo, porque hoy no soy nada y con mucho gusto porque no me avengo a ser bribón.

Todos reían ruidosamente y Enrique de Picardelli veía a su nuevo amigo sonriendo, entre sorprendido y gozoso.

—Sí —continuó Altamira—, usted no sabe nada, señor, usted es extranjero y a usted le engaña toda esta

caterva de farsantes, pero a mí no, porque aquí todos nos conocemos. ¿Ve usted ese individuo que está allí y que parece una persona decente? Pues bien, lo nombraron gobernador de Colón y en un año se robó cien mil pesos. Entró más pobre que yo, y hoy es un potentado a quien todos respetan y hasta temen. ¿Ve usted a su compañero? ¿Lo ve tan serio, tan orgulloso?... Pues tiene una querida esquelética, asquerosa, a quien se le arrodilla y le llora.

Todos reían, y alguien dijo:

—¿Pero tú qué sabes de eso, hombre?

—Ella, ella misma me lo contó. Y últimamente yo lo he oído a él llorando.

La explosión fue unánime y todas las personas reunidas en el *palm garden* volvieron la vista hacia la regocijada mesa.

—Sí —continuó Altamira—, a mí que no me hagan hablar, porque “no tengo pepita en la lengua”, y conozco la vida y milagros de todo el mundo.

—Tienes una lengua viperina, chico.

—Es el recurso que me queda; y como no me la pueden cortar...

Un caballero pasó y saludó cortésmente. Todos contestaron, menos Altamira que, rojo de ira, continuó:

—Ya usted ve, señor, todos estos caballeros se llaman personas decentes y se quitan el sombrero para saludar a un ladrón.

Risa general.

—Sí, señor, un ladrón, lo puedo probar. Usted no sabe nada, caballero, porque usted acaba de llegar a este país, pero a ese hombre lo han sorprendido robando, con las manos en la masa, y le han dicho: “Afloje, amigo, afloje ese dinero”; y ya usted ve, ha quedado tan considerado, tan principal y tan indispensable como siempre. ¡Y no quieren luego que a uno se le indigeste la comida todos los días!

—Pero ¿por qué no disimula usted?... La ciencia de la vida es saber uno adaptarse al medio en que vive —dijo Picardelli.

—No, señor, yo no me puedo acostumbrar a hacerles reverencias a los canallas. Usted ve aquí infinidad de individuos que todos sabemos que son ignorantes, estúpidos y rastreros; que han saltado de partido en partido y han tenido todas las opiniones; que no tienen ningún prestigio porque el pueblo los desprecia y, sin embargo, todos los gobiernos los distinguen sin que nadie se explique por qué y se empeñan en darles un valor que todos sabemos que no tienen ni nunca podrán tener.

—Eso es verdad —refunfuñó alguien.

—Yo nunca digo mentira. Vea usted ese individuo que viene ahí. Ha sido liberal, liberal constitucional; se enroló después con los conservadores ultramontanos, luego volvió a ser liberal avanzado y hoy, como gobierna

el Partido Conservador, ha ingresado en el Partido Liberal Moderado, una nueva farsa inventada para que puedan transfugar y entrar con el gobierno todos estos títeres hambrientos.

—Pero ¿qué hambre va a tener él si es rico, hombre?

—Ya lo sé que es rico; pero ¿te piensas tú que hambre es sólo esa necesidad natural que siente un desgraciado de comerse un plato de arroz? Hambre es ésa que muestran estos individuos que, siendo ricos y pudiendo vivir independientemente, se arrastran para conseguir una asignación en el presupuesto, que no necesitan. Eso es hambre, eso es hambre.

—No, hombre, déjate de historias: hambre es la que tenemos todos, y se “acabó la discusión que se discute” y vámonos a almorzar.

—Yo no; yo me voy —dijo Altamira mientras sus compañeros se ponían en pie, disponiéndose a pasar al comedor.

—Me parece un poco exagerado este joven —dijo Picardelli viendo alejarse a Altamira.

—Sí, es un poco violento; es cuestión de carácter, pero dice algunas verdades que nadie más que él se atreve a decir.

VIII

Enrique de Picardelli era figura obligada en todas las fiestas de la aristocracia. Sus ruidosos amores con Tina de Albarrán habían acabado de completar el prestigio de su gallardía, de su *chic* y del dinero, que tiraba pródigamente. Además, se murmuraba de aventuras de carnaval en las cuales no había quedado muy bien puesto el nombre de algunos impasibles maridos. Era el blanco de todas las miradas femeninas, y las niñas casaderas, y algunas pasaditas ya de temporada, lo miraban lánguidamente, entre sonrisita y suspirito cur-si; y los jóvenes más llenos de pretensiones y de orgullo se disputaban el honor de invitarlo a pasear en automóvil y terminar en el comedor del Central, para destapar el champaña a la hora del concierto.

Tina, a las bromas de las amigas, confesaba serle muy simpático el joven extranjero, y hasta el mismo don Próspero, padre de Tina, se mostraba felicísimo ante la perspectiva de aquel matrimonio.

El *palm garden* del hotel Central, a donde se trasladó el siguiente día de llegar a Panamá, era el sitio

donde celebraban sesión permanente todos los “hombres de figura”, todos los “tipos *sport*” de la ciudad, y como Picardelli hacía gala de una esplendidez inalterable, la posición que había alcanzado se hacía cada momento más firme.

Un día les dijo:

—Esta tarde espero a tres de los que estén más desocupados para que demos un paseo de prueba en mi automóvil.

—¿Cómo, has comprado automóvil?...

—Sí, he traído uno porque no me acostumbro ya a vivir sin saber que siempre me está esperando un coche a la puerta para llevarme donde me dé la gana. Además, un automóvil es siempre un vehículo del amor.

Pero el asombro de los amigos subió de punto cuando a las cinco de la tarde se detuvo frente al hotel un magnífico Mercedes de sesenta caballos, del último modelo, reformado y embellecido. Lo dirigía un *chauffeur* francés, sencillamente vestido con una librea de paño azul con botones de plata. Y lo raro del caso fue que al cerrar la portezuela Enrique de Picardelli dijo a su *chauffeur*:

—Vamos a Las Sabanas, pero queremos antes ir al Tívoli, pasando por la calle 14 y por el instituto —y el *chauffeur* había descrito el itinerario sin titubear, como un viejo cochero de la capital.

—¿Y de dónde has sacado tú este *chauffeur*? —le preguntó alguien.

—Lo llevo conmigo hace seis años. Lo tuve en Buenos Aires, después en París, luego en Nueva York, y ya me acostumbré a él porque conoce todos mis gustos y mis excentricidades, y hasta mis secretos.

En Las Sabanas el auto se detuvo frente al bello *chalet* de Tina de Albarrán. La joven salió al detenerse el coche frente a la verja, como si la visita del distinguido extranjero hubiera sido anunciada.

Todos echaron pie a tierra y Tina tuvo para cada cual una frase de cordialidad. Luego, dirigiendo una mirada hacia el automóvil, exclamó:

—Qué hermoso su coche, Enrique; debe ser muy fino.

—¿Quiere usted venir? Podrá apreciarlo personalmente.

—Sí, con mucho gusto; pero permítame buscar un velo para arrollarme a la cabeza. Y subió graciosa y ágil la escalinata de mármol rojo que llevaba del jardín al *chalet*, mientras los jóvenes se arrellanaban en cómodas poltronas de mimbre diseminadas bajo los árboles, sobre la arena.

Una criada apareció con una bandeja de plata con algunos vasos pequeños, una jarra con agua helada, una botella de Seltz y otra de *whisky* Spey Royal.

—Dice don Próspero que ahí les manda eso para que se limpien de la garganta el polvo del camino, mientras viene a acompañarlos —dijo, poniéndolo todo en una mesita rústica colocada tan cerca de Chinto Al-mendáriz que al dejar su carga la criada le rozó.

—Chinto la tomó del brazo.

—¿Quieres venir esta noche a parrandear conmigo?
—le dijo.

—Déjeme, suélteme —protestó ella.

—Puercas, no les gusta más que cocheros y negros.

—Porque son más decentes que usted.

Tina apareció, puesto un velo en torno de la cabeza y vistiendo un cubrepolvo de seda clara.

—Podemos irnos cuando gusten, señores.

—Yo no voy —dijo uno—. Mejor es que vayan solos... Ustedes son blancos y se entienden.

—Sí, vayan solos que nosotros nos quedamos con el *whisky* —agregó otro.

—Ustedes son siempre los mismos —dijo Tina con una sonrisa forzada y rojo el rostro ante la rudeza de los visitantes.

Tina y Enrique subieron al automóvil, que partió entre una blanca nube de humo.

—Hasta luego —gritó Tina, agitando su blanco pañuelo.

—Adiós, perla. Que ni allá lleguen, ni aquí vuelvan, ni en el camino perezcan —vociferó uno de los caballeros, haciendo gala de su gracejo neoyorkino, de su cultura balcánica.

Raf venía aquella mañana pensativo y malhumorado. La noche anterior había invitado a Enrique de Picardelli a comer en compañía de Magdalena, y la sorpresa de ambos y la súbita palidez de ella al encontrarse los dos frente a frente no habían pasado inadvertidas a los ojos de Raf. Después, en el curso de la comida, Enrique había reído sarcásticamente, con una risa que Raf, buen observador, le había sorprendido en sus ratos de nerviosismo, y Magdalena, que siempre fue jovial y decidora, había bajado el rostro sobre el plato para ocultar que no comía y para esquivar la conversación. A los postres la joven se había despedido, pretextando un fuerte dolor de cabeza.

—Tanto placer en conocerle, caballero —había murmurado ella al despedirse de Enrique.

—El placer es mío, señora —había respondido él inclinándose gentilmente y subrayando la frase con una sonrisita diabólica.

Después, solos ellos, habían pasado al café, donde Enrique mandó servir una champaña. Hablaron poco,

de cosas sin interés, reservados ambos, presintiendo que había entre los dos algo que los hacía enemigos hasta la muerte. Luego partieron en el automóvil de Enrique, y Raf se quedó en el parque de la catedral porque sentía un gran deseo de estar solo y de reconcentrar todos sus pensamientos. A las diez había regresado al hotel porque tenía imperiosa necesidad de hablar con Magdalena, de que ella misma le explicara su turbación ante Enrique y la sonrisa burlona que éste había tenido toda la noche a flor de labio. Encontró a Magdalena con los ojos enrojecidos por el llanto. Al verlo entrar, la joven no le dio tiempo de que hablara y abrazándosele al cuello rompió a llorar amargamente. Cuantos esfuerzos hizo Raf por arrancarle a Magdalena su secreto fueron inútiles, y era su llanto tan amargo y su pena tan honda que Raf al fin comprendió que debía respetar la reserva de la joven.

Magdalena se quedó dormida muy tarde, pero su sueño era intranquilo. Despertó varias veces sobresaltada y con las pupilas dilatadas por el terror. A veces, cuando recordaba que estaba cerca de Raf, se apretaba a él como buscando un apoyo, como si quisiera no separarse nunca más de él. Por la mañana, llenos los ojos de lágrimas, se había quedado mirando a Raf fijamente y le había preguntado sollozando:

—¿Me quieres mucho, Raf?...

—Sí, alma mía, con toda mi sangre.

—¿Y no me despreciarás, suceda lo que suceda?

—No. ¿Pero por qué me preguntas esas cosas?

—Qué desgraciada soy, Raf —había terminado ella, rompiendo a llorar dolorosamente, con la cabeza hundida en las almohadas.

Raf había salido del hotel por la mañana, cuando la hubo calmado un poco. Pensativo y malhumorado pasaba frente al cuartel central de policía, cuando una voz amiga lo llamó desde una de las ventanas de la comandancia. Era Víctor Manuel Alvarado, que asomándose a una de ellas le pidió que lo esperara.

—¿Qué haces en la policía a estas horas, chico?

—Me taladraron la caja de hierro de mi oficina y me lo robaron todo. ¿Te acuerdas que tú me dijiste que me iban a robar?

—Aquella puerta del patio no tenía seguridad. ¿Por ahí entraron, seguramente?

—Sí; esta mañana que llegué la encontré rota.

—¿Y qué sabe la policía de todo esto?

—Todavía no sabe nada. Los agentes de puesto en los alrededores de mi oficina no han visto nada.

Hablando, los dos amigos habían salvado la pequeña distancia que separa el cuartel de policía del edificio donde Víctor Manuel Alvarado tiene su oficina.

—Entra y te explicaré cómo creo que ha pasado todo.

Raf entró examinándolo todo con una mirada de detective, que no desdeña el menor detalle.

—¿Ves? Ha bastado hacer un poco de fuerza sobre la puerta para que saltara el listón de madera donde se afirmaba el picaporte. Había un solo vaso sobre la mesa, con resto de vino, lo que prueba que sólo ha habido un ladrón.

—Eso no prueba nada —dijo Raf—. Las personas que han estado aquí parecen conocer bien tu oficina, la poca resistencia de la puerta y la poca seguridad de tu caja, eso sí; pero el que haya un solo vaso usado no prueba que fuera uno solo el ladrón. Debes calcular mejor la cantidad de vino que ha sido consumida para poder apreciar el número de los que han bebido.

—Poco, porque en la botella no quedaba sino el resto de lo que dejé de mi cena de anoche.

—Yo creo que sólo una persona ha efectuado el robo. No se necesitaba la intervención de ningún compañero para hacer una cosa tan sencilla como esta, sobre todo, cuando los compañeros en esta clase de negocios resultan caros y peligrosos. Vamos al patio a ver si se descubre algo.

—Vamos; pero yo estuve con el capitán Álvarez y no hemos encontrado nada.

Raf examinó todo cuidadosamente. No había una huella ni nada. El piso del patio, de cemento, era poco a propósito para observaciones de esa índole. Cerca de

la salida del zaguán del juzgado superior, el agua de la pluma del patio se empozaba, haciendo un poco de lodo sobre una tierra dejada allí de recientes refacciones hechas en la casa contigua. Raf recogió un papel húmedo y sucio y lo desplegó. Era un sobre de carta dirigida a Víctor Manuel.

—El ladrón ha salido por esta puerta —dijo Raf—. Este sobre debió contener dinero.

—No sé, no recuerdo —replicó Alvarado.

Raf indagó y buscó inútilmente. Muchos curiosos habían estado por allí antes que él y era necedad querer encontrar una pista que ya se había perdido, si acaso existió. Pero estaba preocupado. Siempre había sentido grandes inclinaciones por la difícil ciencia de los detectives, pero, como en nuestro sofocante ambiente de ignorancia esa profesión resulta deshonrosa, él había acallado sus deseos para ponerlos en práctica en una ocasión propicia, y resultaba que hoy, cuando esa ocasión se le ponía delante, había llegado tan a deshora que quizá ya le sería imposible hacer nada de positiva utilidad para descubrir al ladrón. Silencioso y cabizbajo había regresado con su amigo hacia la oficina.

Al entrar, Víctor Manuel gritó:

—¡Maldito perro este!

Y ya iba a arrojarle un palo cuando Raf lo contuvo.

—¿Qué te pasa con ese perro?...

—Que ese animal sarnoso ha venido hoy tres o cuatro veces, y lo echo de aquí y al poco tiempo regresa y se acurruca en el recibidor.

—¿Y nunca antes de hoy ha venido aquí? —preguntó Raf, con los ojos radiantes.

—No. ¿Por qué me lo preguntas? —replicó Alvarado sorprendido.

—Porque ese perro nos va a llevar a la casa del ladrón.

—No comprendo.

—Yo sí... Déjame.

En la acera del frente el perro, atemorizado, los veía con ojos de tristeza, escondido el rabo entre las piernas. Raf y Víctor Manuel salieron a la puerta de la oficina que da hacia la calle. El perro, al verlos salir, se alejó temiendo quizá una agresión.

—Es un inconveniente que lo hayas asustado —dijo Raf, mientras el perro se detenía a ratos y volvía la cabeza hacia ellos para proseguir su cansada marcha luego. Cuando estuvo un poco distante, Raf salió, siguiéndolo.

—Espérame —dijo—; pueda ser que te traiga buenas noticias.

X

Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar. Hijo, hasta miedo me ha dado verte, porque creía que te habías muerto ya.

—Yerba mala no muere, señora Matea, créamelo.

—Y que cada vez estás más gordo y más buen mozo.

—La buena vida, la tranquilidad de conciencia.

—No tientes al Diablo, muchacho. ¿Tú crees que yo no sé todas tus perrerías?

—Chismes de la gente, señora Matea, que, como hay aquí en este pueblo tanta gente que no quiere trabajar, para matar la ociosidad le dan oficio a la lengua.

—Y júralo, hijo. Está este Panamá de salir huyendo.

—Pero si toda la vida ha sido lo mismo, señora.

—No es verdad, hijo, no es verdad. En mi tiempo no se veían estas cosas. Pero fue lo que yo le dije a la difunta Goya, cuando vi que los gringos empezaron a poner esos carrizos para traer el agua: “Esto se acabó”. Y como lo dije. Ahí está ella que lo puede decir.

—¿Dónde? ¿Dónde está?

—Bueno, en el panteón; pero ojalá saliera para que te contara todo lo que yo le dije, que es lo mismo que está pasando.

—No, que no salga, que se quede allí donde está la vieja esa tan fea y tan antipática.

—Hombre, ni después de muerta la perdonas.

—No, yo soy como Vargas Vila, que no perdona nunca.

—Ay, Vargas Vila —y la buena señora suspiró recordando tiempos mejores.

—Bueno —continuó después, cambiando de tono—, ¿tú vienes por aquí buscando la curtidita esa que vive ahí enfrente, no es cierto?

—Ya lo dijo usted, señora Matea —respondió Raf, que había llegado al punto donde quería llegar—. Me gusta mucho esa muchacha.

—Parece mentira que un muchacho como tú, tan simpático, se enamore de esa amarillita que no tiene nada de particular.

—¿Cómo?... ¿Y los ojos?... ¿Y el cuerpo?

—Mejor para los ojos que te gustan, hijo. A mí lo que me parece esa muchacha es una vaca espantada, con esos ojos tan pelados siempre que parece que tuviera metidos unos palitos de fósforos.

—Pero ¿qué dice usted del cuerpo? —dijo Raf para picar a la señora.

—Comprado, hijo, comprado en la *ville* de París. El día que se case va a tener una pelea con el marido, porque bien flaca que es y en la calle parece gorda, y no son todos zoquetes que se dejen engañar.

—¿Y de veras que se casa pronto?

—Yo no sé. A mí no me gusta hablar de la vida ajena, ni ocuparme de las cosas de nadie, pero para mí que ellos no necesitan casarse ya.

—Cómo es eso, explícamelo bien.

—Figúrate que se van solos para Las Sabanas y vienen tarde de la noche, y como el hombre no es tonto...

—No me diga, hombre.

—Lo han visto estos ojos que se ha de comer la tierra. Como a mí no me gusta que nadie me cuente las cosas, he apagado mi luz y los he atisbado por ahí arriba de la puerta, y si yo dijera lo que he visto... Además, ella se mete mucho en el cuarto de ese hombre que vive ahí donde está echado ese perro. Dizque se conocen desde chiquitos y que jugaban al escondido y a la gallina ciega.

—¿Y quién es el que vive ahí? —preguntó Raf un tanto nervioso.

—Un cholo que está empleado por ahí, no sé dónde y que siempre anda llevando cargas de un lado para otro y cobrando cuentas.

—¿Y ese perro es suyo?

—Sí, un perro sarnoso que todas las noches se la pasa ladrando. Dos veces lo he querido envenenar, pero como ese hombre no le da comida, al perro no le gusta la carne y no la ha querido comer.

—¿Y a qué horas viene él por la noche?

—Míralo, ahí está. Ya había demorado hoy.

Efectivamente, un individuo se acercaba a la puerta frente a la cual dormía el can. Al despertar éste y reconocer a su amo comenzó a dar saltos y a mover la cola, demostrando una gran alegría.

—Quieto, Napoleón, que me ensucias —gritó el individuo, con voz ronca por el licor.

El perro se alejó medrosamente, como si estuviera acostumbrado a recibir malos tratos de su amo.

—¿Cómo se llama el individuo ese? —preguntó Raf a la señora Matea.

—Juan, pero no conozco su apellido.

—¿Y bebe mucho licor?

—Casi todas las noches se emborracha y arma escándalo con los vecinos.

El tipo salió, cerrando la puerta con un fuerte golpe y se puso en camino.

—Bueno, señora Matea, yo me voy —dijo Raf—. No puede usted decir que me olvido de las amigas.

—Quién sabe en qué bundes andas metido tú, vagabundo.

—En nada, señora, en nada. Adiós.

—Adiós, hijo, que te conserves bien.

Raf seguía de lejos al hombre, que bajó por la calle 15, cruzó luego a la 14, pasó frente al cuartel de bomberos y al teatro Variedades y entró al reservado de la cantina de Vaccaro.

—Llegó el hombre, llegó el hombre —exclamó uno de un grupo que estaba en torno de una mesa, al ver entrar al individuo.

—Ya creíamos que no vendrías más —dijo otro.

—Yo soy hombre de palabra, amigo. Oiga, usted, sirviente: traiga cerveza para todos, que yo pago.

Raf entró y tomó asiento alrededor de una mesa cercana a la del grupo, desde donde podía ver y oír todo. El camarero llegó con una bandeja llena de vasos de espumante cerveza y la colocó en el centro de la mesa del grupo. Raf lo llamó y le pidió un Apollinaris.

Los del grupo se tragaron la cerveza sin resollar y el anfitrión mandó imperativamente repetir la dosis. El camarero protestó:

—No puedo servir otra hasta que no me paguen ésta.

—Es usted muy atrevido —gritó el sujeto—. Yo tengo dinero para comprarlo a usted.

Y sacó del bolsillo un billete de 20 dólares y golpeó fuertemente sobre la mesa, extendiéndolo ante los ojos rientes y gozosos de los invitados.

Raf apuró su Apollinaris y salió. Se dirigió al teatro Variedades y llamó a un vigilante de policía.

—Venga usted con dos policías para que lleven preso a un ladrón —le dijo.

El vigilante llamó a dos agentes y salió tras de Raf, que entró nuevamente al reservado.

Al ver entrar los tres agentes de la autoridad, el sujeto, instintivamente, quiso huir y se cayó de la silla donde estaba sentado.

—Éste —dijo Raf señalándolo—, llévelo que yo estaré en la policía cuando ustedes lleguen.

—¿Pero yo qué he hecho?... Yo no he robado a nadie.

—Tráigalo, tráigalo, y si se resiste póngale cadena.

—¿Quién paga lo que se debe? —inquirió Vaccaro interviniendo.

—Hombre, ¿usted se ha figurado que la vida es cobrar y cobrar nada más? —preguntó un ebrio del grupo que se había disuelto en distintas direcciones.

Raf entró a la cantina de La Plata y llamó por teléfono a Víctor Manuel.

—Te espero en la policía.

—¿Qué has averiguado?

—La persona que te robó. Anda a la policía que allí nos veremos para presentártelo.

—¿Cómo, ya lo tienes preso?

—A tus órdenes.

En la puerta del cuartel de policía los dos amigos se encontraron cuando ya traían al ladrón. Al verlo, Alvarado no pudo contenerse:

—Qué canalla es usted, Juan —dijo.

—Perdóneme, don Víctor. Que no me hagan nada, que yo le devolveré todo.

Ya en el cuerpo de guardia fue registrado y se le encontraron 50 dólares en monedas de oro y billetes. El resto confesó tenerlo guardado en su casa.

—¿Y qué tal? —preguntó Raf—. ¿Conocías al tipo?

—Sí, es un muchacho que me ha cobrado algunas cuentas y me ha hecho algunos embarques. Y tú, ¿cómo diste con él?

—Por el perro que a ti te era tan antipático. Yo inmediatamente comprendí que el ladrón había venido con ese perro. Que, por un olvido, quizá, lo dejó encerrado en el patio y salió cuando abrieron las oficinas y fue en busca de su amo. Como probablemente él se escondió con el temor natural de todos los delincuentes, el perro lo buscaba en el sitio en donde estuvieron juntos la última vez, que era tu oficina. ¿Entiendes ahora?

—Sí, efectivamente; pero no te conocía como policía —y los dos amigos se abrazaron.

—Bueno, ahora yo me marcho a arreglar otro asunto mío.

—Adiós, pues.

—Adiós, y acuérdate de que te debo la champaña.

—Aceptado.

Raf tomó un coche y ordenó dirigirse al hotel Internacional. Iba feliz, con esa satisfacción que siente el que acaba de hacer una buena acción. Le contaría a Magdalena su hazaña como detective inteligente y ella, como siempre que él tenía un éxito, le daría un dulcísimo beso, uno de aquellos besos extraños, todo ternura y castidad, que ella guardaba para esas ocasiones.

Llegó al hotel, echó pie a tierra y entró. El empleado encargado del libro de registro lo llamó.

—La señora Magdalena dejó esta carta para usted —le dijo.

—Esta carta —murmuró Raf, intensamente pálido—. Y ella, ¿dónde está?...

—Partió en el último tren y no dijo dónde iba.

Se quedó pensativo, con la carta entre las manos, mientras una lágrima furtiva brilló en sus pestañas.

El empleado agregó para atenuar:

—No se ha llevado su equipaje y ha dejado la habitación pagada por una quincena.

Raf salió sin contestar, se fue al café del hotel y se sentó en torno de una de las mesas.

—Deme usted un *whisky* —dijo al negro que llegó solícito. Luego rasgó con temor el sobre y abrió la carta.

Rafael de mi vida:

Nos separa lo adverso de mi suerte. Cree que todos los minutos de mi ausencia estarán dedicados a llorar nuestra separación.

No manches con un mal pensamiento la albura de este único amor de mi vida.

Mientras volvemos a vernos —porque hay algo íntimo que me dice que volveremos a estar juntos—, te escribiré de tarde en tarde para que no olvides que me muero de pesar lejos de ti.

No trates de averiguar en dónde estoy. Podría peligrar nuestra felicidad de mañana, tu vida y la mía.

Piénsame, para que en la distancia que nos separa nuestro amor crezca, hasta asombrarnos a nosotros mismos el día de nuestra eterna unión.

Tuya toda,
Magdalena

SEGUNDA PARTE

RAF

XI

Raf bajó del coche y entró a la fonda, llena a aquella hora de la noche de sus habituales concurrentes, italianos y griegos hediondos a mosto y a mugre. Su espíritu aventurero lo llevaba a veces a aquellas tabernas innobles que le recordaban las cuevas peligrosas del puerto de Marsella, de Génova y de Nápoles. Además, estaba aburrido, desesperado, y aquella tarde al pasar por allí en viaje de inspección de un terreno que debía comprar, había visto una muchacha divina, de grandes ojos pensativos y negros que lo habían mirado con una expresión acariciadora, llena de sorpresa, como si lo volvieran a ver tras una larga ausencia.

Ocho días habían corrido desde la noche de la inexplicable fuga de Magdalena, y como a pesar de la promesa que ella le hiciera en su carta, no había vuelto a tener noticias de la joven, estaba desesperado, aburrido de aquella vida tan vacía de amores y de emociones.

Entró a uno de los reservados y se sentó indolentemente. No sabía qué iba a hacer allí, extraño entre

aquel ambiente de grosería y de escándalo. La joven que viera aquella tarde entró al reservado y con una tenue sonrisa llena de tristeza le pidió en italiano la orden.

—¿Qué tienes tú aquí de comer? —preguntó Raf.

—Ravioles, *spaghetti*, macarrones, todo italiano —dijo ella con una dulcísima voz de argentino timbre y que parecía educada para más nobles fines.

Raf se sorprendió y mirándola cariñosamente le dijo:

—Trae lo que quieras, y me sirves vino también.

—Oh, lo que yo quiera...

—Sí, eres muy linda y lo que tú traigas será bueno.

¿Tú misma cocinas todo?

—Oh, no —respondió la joven, un tanto ruborizada. Y salió, sonriendo siempre, con un andar lleno de majestuosa lentitud.

Raf se quedó perplejo. ¿Cómo es posible que uno pudiera enamorarse tan pronto? Y sin embargo, él creía estar enamorado de aquella graciosísima muchacha que parecía haber crecido en un ambiente de cultura distinto del que hoy la rodeaba. Y una cosa extraña sorprendió a Raf, ¿cómo podía suceder que ninguno de aquellos individuos se hubiera enamorado de la joven también, tratándola diariamente? O ¿sería ella la querida o la esposa de uno de aquellos groseros y asquerosos hombres? No, no podía ser; la delicadeza de aquella criatura tenía que sentir repulsión hacia todos esos brutos

que se emborrachaban de mal vino y que blasfemaban estúpidamente.

La joven entró con una bandeja portando platos y cubiertos que puso sobre la mesa.

—¿Hace tiempo que estás en Panamá? —preguntó Raf.

—Desde los carnavales.

—¿Y te gustaron los carnavales nuestros?

—Oh, no sé... No los vi yo... —y se quedó pensativa largo rato, bajo la mirada benévola de Raf—. ¿Estuvo usted mucho tiempo en Italia? —preguntó luego.

—Dos años nada más. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque habla usted el italiano muy bien.

—Estuve siempre en Florencia.

—Florencia... —y la joven suspiró hondamente y se tornó pensativa de nuevo.

—Parece que Florencia tiene gratos recuerdos para ti.

—Oh, no, no... Pensaba en Italia... —y se ruborizó y sus ojos se humedecieron ligeramente—. Me olvidaba —agregó— de que le debo servir.

—Y qué más da. Me gusta más que hables.

—Pero no está bien —y salió del reservado con una sonrisita maliciosa llena de infantil ingenuidad.

El espíritu suspicaz de Raf adivinó un misterio en torno de aquella linda muchacha que, quién sabe por qué extrañas y repetidas traiciones de la fortuna, había des-

cendido hasta ser camarera de una fonda de cocheros y de gente del hampa. Y lo veía ella con una cariñosa mirada, no exenta de curiosidad, pero sí limpia de esa vulgar coquetería de las mujeres fáciles, que lo hacía pensar en posibles horas de paz y de amor, viéndose en las pupilas de la joven, llenas de misterio y quietud, como impregnadas quizá del ensueño de los nativos canales venecianos...

La joven entró nuevamente portando las viandas pedidas, que dejó sobre la mesa. Luego, graciosamente, arregló los platos y los cubiertos ante Raf.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Raf.

—Francesca.

—Y yo Pablo.

—Oh, Pablo y Francesca. ¿Y no tendría usted miedo al infierno? —preguntó ella dulcísimamente, con una encantadora sonrisa llena de intención.

—No, si he de bajar contigo, unidos en un beso largo, eterno...

—Oh... Cállese, cállese, por Dios, que nos oyen.

Al reservado contigo acababan de entrar unos sujetos que hablaban francés, y la joven, con un dedo puesto sobre los labios, indicando a Raf que se callara, salió caminando en la punta de los pies.

Raf estaba profundamente intrigado. ¿Qué gente se reunía en aquella fonda situada en el barrio de las

mujeres de vida airada y de los hombres envilecidos?... ¿Quién era esa camarera fresca y fragante como una rosa de mayo, que sabía del Dante y que suspiraba ante los recuerdos que le evocaba el nombre sagrado de Florencia, la ciudad del arte y de las leyendas?

Los vecinos del reservado discutían quién sabe qué asuntos. Raf escuchó:

—No puedo esperar más —decía uno de ellos con marcado acento provenzal—. He esperado bastante y es necesario que yo mande a Tarascón los veinte mil francos que necesito para que mi padre no pierda la granja. ¿Para qué trabajo entonces?... ¿Para qué ando con vosotros, si la hora en que necesito dinero, no lo tenéis?

—Debes esperar. Tú sabes que Leonardo no tiene ahora mismo suficiente dinero para darte esa suma. Vas a comprometer un buen negocio. Y también puede comprometernos a todos.

—¿Y qué más da?... ¿Creéis que puedo resolverme a que mi padre quede en la calle?...

—Tú harás lo que te convenga... Ves bien cómo marchan nuestros asuntos. Apenas hay para que Leonardo pueda trabajar con éxito. Dentro de un mes o dos tendremos para darte no veinte mil francos sino cuarenta o cincuenta mil, y si tu padre pierde una granja puede comprar otra y todos contentos.

—Promesas y promesas, y luego..., si el negocio no se hace...

—Pues bien, procede como te dé la gana. Tú sabes qué hacemos nosotros con las personas que nos estorban; conque no hablemos más del asunto.

Raf había pegado el ojo a un pequeño agujero que había en la división de madera que lo separaba del reservado contiguo y pudo ver que los reunidos allí eran cuatro individuos de aspecto común, modestamente trajeados. Uno de ellos le llamó la atención por parecerle que lo había visto anteriormente en un lugar que no podía precisar. Otro, era un cambista establecido en la avenida Central. Los otros, no recordaba haberlos visto nunca.

Aquello, según las trazas de los individuos y algunas palabras que habían soltado, era nada menos que una banda de ladrones perfectamente establecida, y como el éxito alcanzado por Raf en el descubrimiento del robo hecho a Alvarado lo había llenado de entusiasmo por el detectivismo, una extraña emoción lo embargó ante la presencia de un nuevo caso que podía dejar firmemente cimentada su reputación de detective inteligente y sagaz. ¿Pero quién era aquella muchacha que servía a unos ladrones y que parecía conocer la vida y milagros de sus clientes, ya que al llegar ellos al reservado contiguo le había indicado la necesidad de ser discreto?...

La solución de esta pregunta obsesionaba a Raf dolorosamente, porque se había prendado de la hermosura y de la distinción que denotaba la muchacha en todos sus ademanes y en todos los momentos. La presencia de la joven lo sacó de sus meditaciones.

—Ha oído usted lo que han hablado esos hombres que acaban de salir, ¿no es cierto? —preguntó atemorizada.

—Yo no he oído nada... Sólo oía el eco de tu voz y me parecía que estabas aquí.

—Oh, sería mejor... Si ellos hubieran sabido que usted estaba allí...

—No habría pasado nada.

—Usted no sabe... Usted no puede saber —y los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué lloras?... dime... ¿Qué tienes tú que hacer con esos hombres? —dijo Raf, tomándole una de las aristocráticas manos y llenándosela de besos.

—Nada..., nada... Es horrible —y rompió a llorar dolorosamente, ahogando sus sollozos para no ser oída.

Raf se había puesto en pie y acercándose a la joven le había puesto la mano en el hombro paternalmente.

—Dime qué tienes, nena... No llores así... Cuéntame todo, que yo seré tu amigo, tu hermano —dijo Raf, tan sinceramente que la joven alzó el rostro bañado en lágrimas y, fijando en Raf una intensa mirada de

agradecimiento, se abrazó a su cuello, mientras un gran sollozo le llenó el pecho.

Raf le enjugó cariñosamente las lágrimas y después de besarla castamente en los párpados, continuó:

—Cuéntame lo que te pasa... No tengas miedo de mí... Yo seré tu amigo, el mejor amigo que hayas tenido en tu vida... No creas que te engaño. ¿No comprendes que lo que te digo me sale del alma?

—Sí, lo sé, lo adiviné. Esta tarde que usted pasó me sorprendí porque creí ver a mi hermano en usted y, cuando sus ojos me vieron, sentí algo interior que me decía que usted tendría un gran papel en mi vida... Pero es horrible, usted me despreciará cuando sepa todo... Yo soy muy infeliz —y rompió de nuevo a llorar.

—No, no tengas miedo. No te despreciaré, antes, por el contrario, te quiero ya porque sé que sufres y que estás sola, sin nadie que te quiera.

—Qué bueno es usted... No me había engañado el corazón —y esto lo dijo la joven en un castellano correctísimo que sorprendió a Raf.

—Usted cree que soy italiana, ¿no es cierto? —continuó—. No, no lo soy, pero mi consigna es ignorar el castellano para evitar el trato de los hijos del país. Oh, si supieran esto, usted correría mucho peligro de ser asesinado.

—Sí, ya lo sé, ya lo había comprendido; pero no temas... Tú verás...

—Es preciso que usted se retire. Mañana, a la una de mañana, cuando todo esté cerrado, yo le esperaré a usted... Esta noche no debemos estar por más tiempo juntos...

—Bien, yo me retiro, ya que tú lo deseas...

—Es mejor para los dos.

—Bien, hasta mañana —y Raf vio a la joven con una mirada suplicante que ella pagó con una de aquiescencia, llena de pureza y de agradecimiento.

Y se acercaron lentamente y Raf rozó la frente de la joven con un beso de inefable ternura.

—Hasta mañana, pues.

Raf de mi alma y de mi vida:

Al fin he podido dedicar a escribirte un poco de este tiempo que empleo sólo en pensarte. Si supieras cómo te has adueñado de mi pensamiento, de mi alma, de mi vida toda... En medio de mi soledad y de mi desgracia, el cielo me ha concedido la inmensa ventura de poder soñar contigo y ansío que llegue la noche para sentirte a mi lado, para escuchar tu voz diciéndome que me quieres mucho, que me quieres hasta la muerte.

En veces me asalta el presentimiento de que nuestra separación ha de matar en tu alma ese amor que me ha hecho tan feliz, y entonces una angustia mortal se apodera de mi corazón. ¿Por qué —me pregunto— he venido a sentir esta loca pasión cuando ya no puedo ofrecerte sino los restos de una juventud que fue hermosa y muy llena de luz?...

Yo sé que eres bueno, y que aun cuando un día no me quieras, tratarás de ocultarme tu hastío para no hacerme sufrir; pero yo no quiero eso. Mi inmenso amor

anhela verse correspondido siempre con otro igual, con otro como ése que me has demostrado hasta el día infeliz en que nos separó la suerte...

Hay momentos de dolor y desesperación en que he sentido tentaciones de saltar sobre todo y de correr hacia tu lado, suceda lo que sucediere; pero, cuando la calma se ha hecho en mi espíritu, me he dado cuenta de que yo no tengo derecho para comprometer tu juventud ni tu porvenir, llenos de halagadoras promesas...

Y me pregunto, ¿en qué llenarás aquellas horas de comunión espiritual que pasabas diariamente a mi lado, olvidados del mundo y de todo?... ¿Tendrás una nueva ilusión que te llena el corazón que hasta hace poco estuvo lleno de mi cariño?... ¿Podrá una nueva mujer quererte tan inmensa, tan hondamente como yo?...

Y yo misma me respondo: sí, por lo menos en tu concepto, que es lo interesante; porque sucede que la mitad del amor que un hombre cree encontrar en una mujer hacia él, está en él mismo. Cuando la quiere, las trivialidades más infantiles le parecen cosas de gran ingenio; las indiferencias, cosas naturales de la inexperiencia, de la poca costumbre de amar; y, en cambio, cuando se hastía de ella, las oportunidades más felices las conceptúa coqueterías estudiadas, estratagemas de repertorio, y las más castas ternuras, sobonerías cargantes... ¿No es cierto que sí, Raf de mi alma?...

Voy a terminar esta carta que no tendría fin si no existiera sobre mí el peligro de una sorpresa que sería fatal para ambos. Si supieran que te escribo... Escalofríos me da pensar las cosas que podrían acontecer...

No trates de averiguar mi paradero, y cree que donde quiera que esté soy toda tuya.

Magdalena

Raf, tendido indolentemente en una silla de viaje, acabó la lectura de la carta y encendió un cigarrillo. Mientras las espirales de humo ascendían en el quieto ambiente de la habitación, repasaba las cosas misteriosas que le habían acontecido en el transcurso de dos meses. La carta de Magdalena le había producido una melancolía sutilísima que lo embargaba todo sumiéndolo en una suave y voluptuosa sensación de pena. ¿Por qué no quería ya a aquella mujer que había sido para él toda bondad y cariño?... ¿Aquel inmenso amor que agitó su alma y su cuerpo durante unas semanas podía haberse extinguido silenciosamente, sin un estremecimiento, sin un dolor, como se apaga un sonido, como se evapora un perfume, como se borra una nube de incienso?... ¿El naciente amor de Francesca, aquella divina muchacha de la fonda, a quien debía ver aquella noche, había tenido poder para borrar de su alma, de un solo golpe, la pasión que un día sintiera por Magdalena?... Un re-

mordimiento del futuro dolor que habría de causar a Magdalena, el día que ella se convenciera de su desvío, lo inundó. Pero... ¿tenía él la culpa de haberla dejado de querer?... La quiso sinceramente un día y se lo dijo con lágrimas en los ojos y con el corazón a flor de boca. Si no la quería hoy, cosas eran éstas de las que están dentro del número de las que aún no ha podido explicarse la humana sabiduría. Y se complacía en comparar allá en su imaginación la esbelta y lánguida belleza de Francesca, como un exótico lirio de invernadero, con la arrogante bizarría de Magdalena, nimbada de esa extraña melancolía que circunda las rosas plenamente abiertas, que ya dieron todo su perfume y que amenazan deshojarse al levísimo soplo de la brisa...

El timbre del teléfono lo sacó de sus pensamientos. Se dirigió al aparato y tomó la bocina.

—¿Qué hay?...

—¿Hablo con Raf?

—Sí, ¿qué desea usted?

—Estás hablando con Pretelt, ¿sabes?... Hazme el favor de venir a la comandancia lo más pronto que puedas.

—Inmediatamente voy.

—Te espero, pues.

—Sí, hasta luego.

—Hasta luego.

Raf sonrió mientras cerraba la comunicación. Estaba satisfecho de que extraoficialmente se le tuviera en cuenta en asuntos misteriosos de policía. Y comenzó a peinarse, tarareando una canción napolitana, en tanto que su boca se entreabría dibujando una sonrisa porque por su imaginación pasaba la aristocrática figura de Francesca, la linda camarera de la fonda de los cocheros y de los ladrones...

XIII

Qué hay, Leoni?... —dijo Raf, entrando a la comandancia de policía.

—¿Qué hay, viejo? ¿Cómo estás?... Siéntate.

—¿Y qué diablos es lo que traes entre manos?

—Hombre, es un asunto muy importante que quiero que arreglemos los dos solos. Como tú el otro día me dijiste que te llamara siempre que ocurriera algo de interés...

—¿Y de qué se trata ahora?

—He recibido esta nota del jefe de la policía de la zona en la cual me dice que le avisaron de Nueva York que había salido para acá hace unos meses una banda de ladrones, pero que su gente los ha buscado y no ha podido dar con ellos, y que él cree que siguieron para el sur, no obstante lo cual, me lo avisa para que yo esté al corriente —y Leónidas tendió a Raf la comunicación del jefe americano.

Raf la leyó atentamente y se la devolvió a Leónidas, sonriendo.

—Esos yanquis no saben de nada, hombre. Los ladrones están aquí, en Panamá, y sé dónde se reúnen.

—¿Y cómo has dado tú con ellos?

Por una casualidad; y sólo espero poder cogerlos a todos juntos, con las manos en la masa.

—¿Desde cuándo sabes tú eso?

—Desde anoche. Y si supieras que los encontré buscando una mujer...

—Pero tú andas buscando mujeres a todas horas.

—Y a todas horas las encuentro; pero esos otros...

—Bueno, tengo otro asunto que no debes conocer.

—¿Cuál es?

—Que le han robado anoche a la bella Enriqueta de Sandoval todos sus brillantes.

—Diablos, y ése es un buen bocado.

—Nada más que le dejaron el relicario donde guarda el retrato del marido.

—Amigo, porque la cabeza de ese hombre es cosa pesada. ¿Y por qué no me lo avisas hasta este momento?

—Porque ahora mismo es que acaban de dar parte del hecho a la policía.

—¿Y qué han hecho ustedes?

—Nada. Por esto te he llamado. Quiero que vayamos juntos a la casa de Enriqueta.

—Pues, en marcha, que mientras más pronto lleguemos, será mejor.

Y Leónidas y Raf salieron de la policía y tomaron el automóvil.

El *chalet* donde vivía don Francisco de Sandoval con su bellísima esposa era un precioso palacete situado en el malecón del aristocrático barrio de Bella Vista, que viene a ser en Panamá lo que La Corniche en Marsella y el Vedado en La Habana. Daba frente al mar y con un jardín, cerrado por una hermosa verja cuyas columnas remataban en águilas doradas con las alas abiertas al viento. En el centro estaba la entrada principal del edificio, a la cual se llegaba por una escalinata de mármol rojo. La entrada posterior del *chalet*, que daba frente a la otra calle, sólo se usaba por la servidumbre, poco numerosa.

Leónidas y Raf subieron la escalera y ya en el vestíbulo aplicaron el dedo al botón de un timbre eléctrico. Un criado salió y los hizo pasar a un saloncito de recibo de la parte baja del edificio.

Don Francisco de Sandoval apareció, arrugado el entrecejo y rígido el abdomen de hombre bien comido.

—¿Qué tal, caballeros, cómo están ustedes? Les agradezco que hayan venido pronto. Yo no me explico... Es un misterio... Ustedes verán... Vamos arriba... —y echó a andar, seguido de Leónidas y de Raf.

Cruzaron varias habitaciones lujosamente amuebladas y por fin llegaron a una monísima, llena de luz, de arte y de coquetería.

—¿Ven ustedes? Éste es el cuarto tocador de mi señora. El cofre estaba sobre esta mesa. Lo dejaron abierto

y sólo con unas cadenillas insignificantes y con restos de prendas rotas. No han roto el armario... No han dejado abierta ninguna puerta, ninguna ventana, nada.

—¿Fueron ustedes al baile de anoche? —preguntó Raf.

—No. Yo estaba en Colón, y mi señora no quiso ir sola.

—Ella no ha oído nada... No sabe nada... No se explica nada...

Enriqueta de Sandoval apareció majestuosamente, vistiendo una riquísima bata imperio, de seda color de oro viejo, con gran cuello de encajes que le cubría los hombros. Y estaba hermosísima aquella mujer de bellos ojos negros enrojecidos visiblemente por el llanto y circundados de profundas ojeras azules que denotaban una gran fatiga, una honda pena secreta...

Saludó afablemente a los visitantes, que pudieron notar lo dolorosa y forzada que era la sonrisa que le contraía los finos labios rojos.

—¿Y por qué no han avisado ustedes antes? —preguntó Leónidas.

—Usted verá... Yo no estaba aquí... Enriqueta cuando se dio cuenta del robo se echó a llorar como una chiquilla... ¡Como que la han dejado sin una sortija!

—¿A cuánto asciende el valor de lo que les han robado?

—Acabo de revisar las facturas que tengo coleccionadas y son catorce mil dólares y pico.

Raf entre tanto examinaba la habitación disimuladamente. Había visto dos palillos de fósforos de los pequeños, de ésos que sólo usan los fumadores, y estaba intrigado. Una gran araña colocada en el centro de la habitación y bombillas aisladas puestas sobre los espejos, lo convencían de que allí sólo se usaba luz eléctrica y que los fósforos eran superfluos. Después, ni un candelabro, ni una lámpara que hiciera necesaria la presencia de aquellos palillos quemados. Era, pues, indudable que allí había estado un hombre que con toda calma del caso había encendido un cigarro o un cigarrillo y se había sentado a fumar. Además, al entrar a la habitación, cerrada, había sentido el olor de un perfume conocido que no podía recordar con precisión.

—¿A qué horas asean esta habitación las criadas? —preguntó Raf.

—Dos veces diarias, por la mañana y por la tarde; pero hoy no ha entrado aquí la camarera... Sólo yo estuve esta mañana, cuando noté el robo, y no he entrado más —dijo Enriqueta, suspirando.

Raf tomó entre sus manos el cofre y se lo acercó a la nariz y notó inmediatamente que estaba impregnado del perfume que flotaba tenuemente en la habitación, olor que era más claro, más perceptible aún, en el papel

de seda donde dejaron envueltas las prendas de poco valor, incompletas o rotas. Maquinalmente se llevó la mano al bolsillo interior de la americana, sacó la carta de Magdalena que acababa de recibir y se la acercó a la nariz y contrajo el ceño: era el mismo perfume, que él antes había aspirado muchas veces, sin recordar precisamente dónde.

—¿Se puede pasar a la alcoba de su señora? —preguntó al señor Sandoval.

—Sí; donde ustedes quieran. Vamos... —y pasaron, precedidos de Enriqueta, que se había puesto un poco pálida.

Desde el sitio donde se había parado, Raf examinó el piso de la habitación palmo a palmo, cuidadosamente. Después, y con gran discreción, su mirada se dirigió a los muebles y tras largo rebuscar notó en un sofá de terciopelo carmesí, y casi oculta por un gran almohadón de seda, una gardenia pálida y marchita. Los ojos le brillaron con aquel fulgor que adquirirían a la vista del triunfo, porque adivinó instantáneamente toda una vasta red tramada en torno de él.

—Aquí —dijo don Francisco— es donde se guardan las llaves de los armarios, y Enriqueta dice que allí estaban cuando vino a buscarlas.

—Y usted, mi señora, ¿no se ha dado cuenta de nada, no ha oído el más leve rumor? —preguntó Raf.

—Nada, yo no he advertido nada —contestó Enriqueta con una turbación que no escapó a Raf.

—Ella dice —interrumpió don Francisco, interviniendo— que ha tenido un sueño pesado y que se despertó muy tarde, cuando la camarera entró y le advirtió lo tarde que era. Le costó trabajo despertar y se ha sentido el cuerpo adolorido.

—¿Anoche no ha entrado nadie a esta habitación, mi señora? —preguntó Raf.

Enriqueta se puso encarnada y respondió:

—No, nadie. Estuve leyendo hasta cerca de las doce y a esa hora me acosté.

Raf aprovechó un momento de descuido de los dueños de la casa y tomó la gardenia marchita que estaba sobre el sofá y se la guardó en un bolsillo.

—Si quieres, podemos irnos, Leónidas. Aquí no hacemos nada ya.

—Bueno, vámonos; pero es mejor que salgamos por la escalera de atrás; ¿no te parece?

—Sí, mejor; puede que hallemos algún indicio.

—Es mejor que no vayan —dijo Enriqueta—; se ensuciarían el calzado. Como anoche llovió, hay lodo. Salgan por el frente.

—No tenga usted cuidado señora. Tomaremos precauciones.

Raf recordó que efectivamente la noche anterior

había llovido, poco después de las doce de la noche, y que podría encontrarse algo que confirmara todo lo que ya él había sacado en claro de sus deducciones.

—Aquí, en el jardín, ¿tienen gardenias? —preguntó Raf a Enriqueta, como al descuido, pero de improviso.

Enriqueta palideció súbitamente, y repuesta de su emoción dijo, como quien reconcentra recuerdos:

—¿Gardenias?... Sí, sí hay; ahora lo recuerdo... Yo uso a menudo en la cabeza...

Leónidas y Raf se despidieron de don Francisco y de Enriqueta que los acompañaron hasta la galería de la parte posterior, y bajaron al patio cuyo piso era de cascajo, poco explotable para la clase de investigación que Raf se proponía. Además, el trajín de la servidumbre podría introducir confusiones en lo que ya llevaba adelantado, por lo cual resolvieron salir hasta la calle por ver si las condiciones del terreno los favorecerían. En la puerta, sentado en una banqueta y recostado a la verja, estaba un hombre.

—¿Es usted de la casa, señor? —interrogó Raf.

—Sí, señor; soy el jardinero.

—¿El jardinero?... —y Raf saboreó con deleite la pregunta que iba a hacerle.

—¿Tienen aquí en el jardín gardenias, señor?

—No, gardenias no tenemos.

—¿Pero antes sí había?

—Tengo cinco años de estar aquí y nunca las he visto —contestó llanamente el jardinero.

Raf sonrió y, al mirar distraídamente al suelo, hizo un ademán de sorpresa.

—Mira —dijo—, lo único que faltaba: una huella de automóvil. Ese coche ha venido anoche, después del aguacero, y se detuvo aquí en la puerta. ¿Ves cómo se pierde la presión de la llanta aquí donde se detuvo? Sólo necesitaba de este detalle para saber lo que necesitamos. Tú y yo conocemos ese automóvil, y ahora mismo voy a rectificar, confrontando la llanta del que yo conozco con estas huellas. ¿Tú no viste cómo Enriqueta dijo que había gardenias en el jardín? —continuó.

—Sí.

—Pues ya ves que el jardinero dice que ni hay ni ha habido. Y aquí tienes esta gardenia que estaba en un sofá de la alcoba de Enriqueta.

—¿Pero qué sacas tú en claro de todo esto?

—Que Enriqueta es cómplice del ladrón que la ha desvalijado y nada más. Y yo sé quién es él, pero necesito tener plena prueba de este robo y de otros más que he sacado en claro por éste, porque será un escándalo terrible el que va a armarse.

Y Leónidas y Raf subieron de nuevo al automóvil de la comandancia que se perdió vertiginosamente a lo largo del malecón de Bella Vista, entre la doble fila

de tranvías que llevaban y traían gentes de los baños, mientras Enriqueta sola en su alcoba, viendo tras los cristales alejarse el automóvil, lloraba llena de angustia y de remordimiento.

XIV

Rafael llegó a su casa y se tendió en una hamaca. Quería coordinar sus pensamientos y ordenar sus ideas sobre las cosas que le habían ocurrido en las veinticuatro horas anteriores, no fuera que su optimismo lo hiciera caer en un error lamentable. El conocimiento casual de la encantadora Francesca en aquella fonda innoble; el descubrimiento de aquellos ladrones que eran, sin lugar a dudas, los que buscaba la policía de la zona; el recibo de la carta de la pobre Magdalena a quien parecía haber olvidado por el fresco amor de la joven y bella italiana y, por último, el robo hecho a Enriqueta de Sandoval, y la coincidencia de aquel perfume que flotaba en el cuarto tocador de Enriqueta y en el papel donde fueron envueltas las prendas inútiles con el que despedía la carta de Magdalena... Y aquella gardenia olvidada sobre el canapé de la alcoba de Enriqueta, y aquellas huellas de un automóvil que él conocía perfectamente...

Por lo pronto lo que necesitaba más urgentemente era un ayudante, pero un ayudante que a la vez que

tuviera talento y sagacidad, ignorara de qué cosa se trataba y obrara como un autómeta. Y era tan difícil conseguirlo en esas condiciones... Porque Raf estaba ya sobre la pista de todo aquel vasto enredo y se le figuraba que todo estaba relacionado entre sí y que habría de tener una sola e idéntica solución. Y el corazón le latía de gozo al pensar el bien que iba a hacer por una parte y el desquite que se iba a tomar por la otra...

Dos golpes dados en la puerta lo sacaron de sus meditaciones.

—Adelante —dijo.

Un chiquillo de unos doce años se presentó, sombrero en mano, y saludó, subrayando con una sonrisa picaresca. Sus ojos inteligentes y brillantes, su cabellera en desorden, el sudor que le bañaba el rostro y su figura toda denotaba en él a nuestro granuja, ese tipito despierto y audaz, que habla inglés, entiende francés, estropea el italiano y se cuele por todas partes con una frescura desconcertante.

—Hola, Candelilla, ¿qué se te ofrece? —preguntó Raf.

—Nada, nada..., que mi mamá se está muriendo.

Raf dio un salto y quedó sentado en la hamaca.

—Diablos. ¿Se está muriendo tu mamá y dices que no es nada?

—Se está muriendo de dolor de muela...

—Granuja. ¿Y por qué me vienes a asustar?

—Si usted no me dejó acabar de hablar.

—Bien, ¿y qué querías?

—Que ella dice que le mande un peso para comprar ácido fénico.

—¿Un peso para comprar ácido fénico?

—Bueno, ella me dijo que le mandara dos reales, pero como usted siempre me da un peso...

—Tú no te duermes, ¿no es verdad?

—Yalo...

—Conque yalo, ¿no?... ¿Y por qué estás tan sudado?

—Porque mi mamá me mandó aquí como a la una, y como yo no lo encontré, me fui a bañar a Peña Prieta, y ahora lo vi que venía con el comandante Pretelt en un automóvil y me vine detrás.

—¿Y te has venido a pie?

—No, hombre, no sea loco; vine en mi bicicleta.

—Ah... ¿Conque tienes bicicleta?... ¿Y quién te dio a ti bicicleta?

—Yo se la compré a Cara de Gato.

—¿Y quién es Cara de Gato?

—El hijo de Matea, la que vende arroz con leche.

—¿Y en cuánto te vendió la bicicleta Cara de Gato?

—En veinte pesos. Ya yo le he dado diez y me falta darle los otros diez.

—Y tú, ¿sabes montar bien?

—Claro, hombre, claro.

—Bueno, oye lo que te digo: esta noche a las ocho te espero aquí y, si me haces bien la diligencia que quiero, te doy los diez pesos que te hacen falta. ¿Quieres?

—¿De un solo pujazo me los da?

—Juntos, diez morlacos.

—¿Y qué tengo yo que hacer?

—Es fácil. A la noche te digo. Toma el peso y no te olvides.

Y el granujilla salió feliz, dejando a Raf resuelto el problema más difícil que se le había presentado, como era el de encontrar un buen colaborador.

XV

Tina de Albarrán era francamente bella. Hija de un castellano de pura sangre y de una legítima chola de nuestras montañas, en ella se resumían, perfeccionadas, las características de las dos razas, y a un perfil noble y aristocrático de marquesa unía un cuerpo esbelto y ágil de montañesa, que mantenía erguido con orgullo instintivo, atávico, como aquél de que, al decir las crónicas, hicieron gala nuestros abuelos, bajo la majestuosa policromía de sus coronas de plumas. Don Próspero, su padre, se había labrado una enorme fortuna rápidamente, y en Tina se manifestaba aquella insolencia agresiva de las personas que cambian de posición pecuniaria de la noche a la mañana, sin estar preparados para el cambio, y que denota siempre un desequilibrio notable entre el rango social y la cultura intelectual.

Tres o cuatro años en colegios de los Estados Unidos y de Europa le habían dado cierto barniz espiritual que, a poco de profundizarse, quedaba al descubierto lamentablemente, y luego algunos viajes de recreo por las principales ciudades del Viejo Mundo completaron

su educación y le dieron aquel aire distinguido que le daba prestigio a sus sombreros y sus trajes, y que la hacía pasar por una reina de belleza y elegancia. Y así era como Tina, sosa y trivial como muchas de nuestras mujeres, fundada en sus millones, tenía terribles altiveces que habían puesto en torno de ella un círculo agresivo que nadie se atrevía a franquear.

—Casarme yo con un panameño... —decía Tina lastimosamente—, aunque se hundiera el mundo y no quedaran más que panameños...

Y algunos, los que andan siempre a caza de negocios, se mordían el bigote al verla y fingían a sus espaldas una mueca de impotente desdén, mientras al pasar se le humillaban ceremoniosamente; y los otros, los cuerdos, la veían con indiferencia, con una íntima sensación de lástima.

Cuando vio a Enrique de Picardelli a su lado, elegante, decididor, rico y guapo, sintió estremecerse su alma de júbilo con la perspectiva de triunfar definitivamente y darse un marido de cuento de hadas. Y se entregó a él en cuerpo y alma, más que por amor a Enrique, porque Tina era incapaz de amar, y viéndose mimada y adulada, por hacer rabiar a sus paisanos, dándole a un extranjero la gloria de su belleza y la música, la divina música de sus millones. Y su matrimonio debía verificarse ya dentro de pocos días.

Y francamente Tina era la envidia de todas las mamás y de todas las niñas en estado de merecer, porque Enrique de Picardelli era cada día más indispensable, más popular por su gentileza, por su amabilidad, por todo... Y el bueno de don Próspero era, naturalmente, el primero en reconocer y alabar todas las cualidades de su futuro yerno, y había depositado en él toda su confianza y todos sus sueños para el porvenir.

De pronto, una bocina de automóvil sonó en el silencio y Tina se incorporó de la cómoda silla de mimbre donde estaba tendida leyendo y dejó sobre un velador una novela de Charlotte Brame, su autora favorita: Enrique venía por ella para dar su acostumbrado paseo vespertino en automóvil.

Al principio, algunos envidiosos se habían escandalizado de que los futuros esposos se marcharan solos por esos trigos de Dios y que regresaran entre oscuro y claro, cuando el lucero de la tarde tenía ya su rato de andar vagabundeando por esos andurriales celestes; pero después la murmuración cesó y nadie se ocupó del asunto. Y después de todo, ¿tenía aquello algo de particular en los Estados Unidos?, ¿no se iban los novios a veranear solos a los balnearios?... Y nada menos que a los balnearios... Era lo que nos faltaba a nosotros para ser americanos del todo...

—¿Qué hay, Tina mía?...

—¿Qué hay, Quiqui?... Has demorado un poco.

—Sí, estuve escribiendo cartas para los Estados Unidos. Mañana sale correo.

Y los dos jóvenes se sentaron el uno al lado del otro, cogidos de la mano, después de haber cambiado un beso.

—Oye, mi papá se resolvió ya a salir de todo y a que nos marchemos.

—Gracias a Dios, ya era tiempo.

—¿Y qué día piensas tú que debemos salir de aquí?...

—En el primer vapor que salga después que nos casemos.

—¿Tan pronto?

—Sí, estoy aburrido. Cuánta vulgaridad, hija, cuánta vulgaridad. Si no te hubiera encontrado a ti el día de mi llegada, no duro aquí ocho días, créemelo.

—Pero me hubiera gustado pasarme aquí el mes primero de nuestra luna de miel para hacer rabiar a un poco de gente.

—Para eso sobra tiempo. Ya vendremos después, de tiempo en tiempo.

—¿No vamos hoy a pasear?

—Sí, vámonos. ¿Y tu papá?

—Salió a dar los pasos para ver si puede hacer el negocio de venta de todas las propiedades a una sola persona.

—Es lo mejor. Así se acaba más pronto.

Tina se envolvió la cabeza en un velo y, sostenida de Enrique por el brazo, bajaron las escaleras alfombradas de la mansión de don Próspero. En la puerta los esperaba el magnífico automóvil Mercedes de Enrique. Picardelli ocupó el lugar del *chauffeur*, Tina se sentó a su lado y el auto partió ruidosamente, dejando en el aire una nube de humo blanco.

XVI

Raf se hacía la corbata cuando unos golpecitos dados a la puerta lo interrumpieron en su tarea.

—Adelante.

—Aquí estoy yo —y Candelilla quedó cuadrado en mitad de la habitación.

—Hola, granujilla, ¿eres tú?

—No, soy mi hermano.

—Si sigues con atrevimientos, se acaban los diez rúcanos, ¿sabes?

—No, hombre, usted no sabe de chisterías.

—Bien, ¿a qué horas te acuestas tú?

—Upa... Cuando hay Luna, a la una o las dos.

—¿Y qué haces en la calle hasta tan tarde?

—Voy al cinematógrafo y después nos vamos a bañar a Paitilla.

—¿Y todavía no te ha comido un tiburón?

—Sí, ayer —y Candelilla rio descaradamente.

Raf se mordió el bigote de impaciencia, pero sonrió después. Era así, inteligente y atrevido, como necesitaba un muchacho.

—Bueno —le dijo—, vete a buscar tu bicicleta y te vas a la plaza de la catedral, que allí te esperaré —y salió, escaleras abajo, seguido por el golfillo, que una vez en la calle partió a carrera tendida.

—Diez minutos después, Raf y Candelilla se encontraban en el parque de la catedral, frente al palacio de la municipalidad.

—Presente, capitán —dijo el chiquillo, echando pie a tierra.

—Fíjate bien en lo que voy a decirte, porque si te equivocas pierdes el camarón...

—Estoy oyendo.

—Bueno, frente al obispado hay un automóvil. Tú lo vas a seguir y te fijas bien a dónde va desde ahora hasta las once de la noche... Pero que nadie se fije en que tú vas detrás porque entonces toda la combinación que tengo me la vas a dañar, ¿ah?

—Es cuestión de mujer, ¿no es verdad?

—A ti qué te importa... Haz eso que te digo, y me buscas después por el parque de Santa Ana.

—Bueno, adiós.

—Hasta luego... Pero mira... —y Raf le mostró desde lejos una monedita de cinco dólares.

—Esos son míos... —gritó Candelilla, mientras se alejaba en su bicicleta.

Al volver la cara, Raf se encontró frente al doctor Joaquín Arias.

—¿Qué haces, *viejito*, estás corrompiendo menores?...

—¿Ése?... Ése es más corrido que tú y que yo, hombre.

—No me digas...

—Como lo oyes. Es un granuja inteligentísimo.

—Buenas noches —saludó Joaquín con fingida seriedad.

—¿Quién es esa muchacha tan bonita, chico?

—Una morena picante con quien bailé en Taboga el sábado.

—Es bonita esa muchacha...

—Amigo, como que yo le estoy pidiendo a todos los santos que se le piquen los dientes o que siquiera le dé un dolor de muela, para que vaya a hacerme una visita...

—Pero, hombre, qué manera de querer tienes tú.

—Ay, *viejito*, es que a estos clientes así se les trata con más consideración.

—Y, ¿cómo va ese negocio, caballero joven?

—Ahí, medio medio, como cuando usted era pobre.

—Hasta automóvil has comprado, vagabundo.

—Hay que ser hombre de figura, amigo.

Y diciendo esto Joaquín se descubre y corre a saludar a una gringuita rubia e insinuante que pasa con su probable marido.

Hace tres o cuatro genuflexiones inglesas y se despidió y vuelve a reunirse conmigo.

—¿Qué te parezco?

—Un farsante... ¿Y quién es ella?

—Una amiguita, una amiguita nada más... No hay nada de particular —y sonrió con esa risa suya que es una ventana abierta a todas las suposiciones.

—Bien, Joaco, me marchó.

—¿No quiere usted venir conmigo a un bailoteo que tenemos?

—No, estoy ocupado...

—Adiós, pues.

—Adiós.

Raf estaba impaciente y se dirigió hacia Santa Ana. Las nueve de la noche eran apenas, y tenía que esperar hasta las doce para poder ver a Francesca, la encantadora italianita que lo había citado la víspera. Recordó que no hay tiempo que pase más rápidamente que el que se emplea en jugar billar, probablemente porque es tiempo que se cuenta por plata, y subió al Centro Español. No había nadie y pidió las bolas para entretenerse. Después de veinte minutos dejó el taco y bajó hacia el

parque. En un grupo se discutía acaloradamente y al ver llegar a Raf alguien dijo:

—Ahí viene Raf... Vamos a ver qué opina él.

—Aquí Ramón Gamboa opina que debe formarse un partido político de los jóvenes, y unos dicen que la idea cuajaría y otros que no, porque aquí todo el mundo es servil.

—Sí, eso es. ¿Qué opinas tú?

—Hombre, yo no creo que aquí todos seamos serviles. Creo que hay mucho canalla, pero generalmente no están entre los jóvenes, sino entre los viejos políticos.

—Ya estás viendo, animal...

—Cállate la boca y deja hablar al otro, hombre.

—Yo creo que Ramón Gamboa tiene razón, y el día que los jóvenes nos convenzamos de que en nuestras manos está la suerte de los dos viejos partidos políticos, ya corrompidos, otro gallo nos cantará y otra será la manera como nos tratarán esos señores que hoy creen tener un criado en cada uno de nosotros...

—Eso era lo que decía yo —gritó uno.

—Eso no podrá suceder nunca —dijo otro.

—Fíjense —continuó Raf— en lo expresivo que es el que en cada campaña política las víctimas que quedan siempre son muchachos generosos y entusiastas, a quienes seducen los viejos políticos para que sirvan

a sus intereses personales... Y ellos, los viejos, después se las arreglan porque tienen intereses comunes, negocios..., y nosotros que creímos defender una causa llena de justicia nos vemos hundidos, perseguidos, o, lo menos malo, olvidados...

—Eso no es verdad, porque...

—Pero si nada más hay que volver la vista atrás y ver bien para convencerse.

—Sí, es verdad, sí, es verdad.

—No es cierto, y usted no sabe nada de política; ¡usted es un poeta!...

—Sí, señor, yo soy un poeta. ¿Y qué cosa es usted? Dígame qué cosa es usted, porque ni yo ni nadie lo sabemos...

—...

—Usted es uno de tantos desgraciados como hay en este país, llenos de atrevimientos y de pretensiones, y que trabajan, comen y duermen estúpidamente, que es lo mismo que hacía la histórica mula del señor cuero o cualquiera otra mula más moderna.

La risa fue general y el agraviado se enfadó.

—Sí —continuó Raf—, es preciso ya que cada cual comience a ocupar el lugar que le corresponde y que termine esta anarquía social.

Candelilla llegó en ese momento todo alborozado y llamó a Raf.

—¿Qué hubo de mi comisión?

—Ya está, ya sé todas las partes donde fue el tipo ese.

—Y, ¿no se te perdió un momento?

—Qué va, hombre, y eso que se las tira de bellaco...

—Bien, deja la bicicleta en tu casa y regresa, que yo te espero aquí.

Cinco minutos después el chiquillo se reunió con Raf que se había sentado en una de las bancas situadas al lado de la iglesia.

—Le digo que ese hombre es bellaco, señor Raf.

—Cuéntame para ver si es cierto, no vayas a estar engañándome.

—¿Engañándolo?... Si quiere ahora mismo vamos.

—Ya iremos más tarde. Ahora cuéntame lo que has visto.

Entusiasmado por el éxito que creía haber alcanzado, Candelilla estaba radiante de felicidad.

Bueno —dijo—, ahora verá usted, y se frotó las manos de gusto. Yo me puse a dar vueltas por el parque de la catedral y, cuando vi que el automóvil se fue, salí detrás de él; pero ese *chauffeur* es el diablo y casi se me va. La suerte fue que en Santa Ana había un enredo de coches y allí lo tranquilé. Entonces sí lo seguí cerca y fuimos por la avenida Central hasta la subida del cerro, torcimos por el *boulevard* Ancón para el lado del insti-

tuto y el automóvil se paró en una casita chiquita de balcón, que sólo tiene una puerta arriba. El tipo bajó y habló con el *chauffeur* y el automóvil se fue por el camino del Ganado y yo me fui detrás. Por lado de Baila Monas se paró en una fonda de italianos y el *chauffeur* bajó, se sentó en una mesa donde había otros tipos, se bebió una cerveza y salió; pero no subió al automóvil que había traído, sino que dejó ése y se trajo otro que había ahí. Yo salí detrás del automóvil, que se regresó por el camino del Ganado y se paró otra vez en la casita. Entonces el tipo que había venido antes salió con una mujer y los dos subieron al automóvil y se fueron; pero le digo, señor Raf, que cuando salió con la mujer, el tipo tenía barba y se había puesto un abrigo largo. El automóvil bajó por esa calle que sale al parque Albán, subió por el puente y se fue como para Las Sabanas; pero dio la vuelta por Bella Vista y se paró en una quinta muy bonita que tiene un jardín por delante. Cuando entraron, encendieron las luces de adentro y empezaron a tocar piano y a cantar. El automóvil entonces se fue otra vez por los lados de Baila Monas y trajo tres tipos que estaban en la fonda italiana y yo me vine y los dejé a todos allí...

Raf no creía en su felicidad.

—Pero ¿cómo hiciste tú para que no te dejara atrás el automóvil?...

—¿Usted cree que yo soy zoquete? Cuando yo veía que iba a entrar en camino limpio, me agarraba del guardafango del automóvil y él mismo me llevaba.

—¿Y estás seguro de que el individuo que salió con la mujer de la casita era el mismo que salió de la catedral en automóvil?

—El mismo... Se las quiso tirar de bellaco, pero yo me fijé que tenía los mismos zapatos con caña blanca, y, además, cuando salió cerró la puerta con llave.

—Toma —le dijo Raf—, te has ganado tus diez pesos muy bien ganados —y le dio una moneda de cinco dólares ante la cual se iluminaron los ojos traviosos de Candelilla.

—Ahora —continuó Raf—, vamos a tomar un coche para que me enseñes los lugares donde estuvo el tipo y la quinta donde lo dejaste con la mujer —y en el Metropole tomaron uno de los coches cubiertos de la parada y salieron, camino del instituto, a cuyas inmediaciones quedaba la casita de que hablara Candelilla en su relato.

A los cinco minutos de excursión, el chiquillo mostró a Raf una pequeña casa de madera, situada en la continuación del antiguo camino del Ganado, frente al edificio que ocupó el café Ancón. No tenía nada de particular y parecía estar sola en aquel momento. Raf indicó al cochero seguir hacia Bella Vista y, a poco rato,

a indicaciones de Candelilla, el coche paraba frente a una hermosa quinta, profusamente iluminada. Un automóvil estaba a la puerta, y en el interior un piano acompañaba a una hermosa voz de contralto que cantaba la *Tosca*. Raf se estremeció. Conocía aquella voz llena de ternuras y de pasión que en la quieta noche sollozaba quién sabe qué torturas que se avenían con las dramáticas frases del maestro italiano. Tuvo deseos de entrar, de convencerse de si era efectivamente Magdalena aquella mujer que cantaba, y abrazarla a despecho de todo el mundo y reanudar aquel idilio roto tan intempestivamente, pero se contuvo.

A lo lejos un alto campanario sonó doce campanadas y Raf se acordó de que tenía una cita con Francesca, la misteriosa camarera de la fonda de los cocheros...

XVII

O h, si supieran que usted está en mis habitaciones...
—No pasaría nada, créeme.

—Usted no se imagina el gran peligro que corremos... Usted no puede imaginarse todo...

—¿Te daría miedo morir?

—¿Morir?, no; me daría miedo saber que he de vivir mucho tiempo más muriendo poco a poco.

Los ojos de Francesca estaban ligeramente húmedos y Raf había aprisionado entre las suyas una de las bellas manos de la joven.

—¿Y piensas que me quieres, Francesca?

—No sé; me da miedo pensar lo que sucedería —y la joven bajó los ojos, mientras una lágrima tembló en sus negras pestañas.

—Anoche —continuó— he soñado con usted... Yo estaba en el campo, atada a un árbol, y una víbora negra y horrorosa se encaminaba hacia mí. Hice esfuerzos desesperados por libertarme, pero todo fue inútil. Y la víbora avanzaba lentamente, como para prolongar mi tortura y parecía sonreír con sus ojillos chispeantes y

con su horrible boca negra. De pronto, cuando ya el animal estaba sólo a un palmo de mis pies, usted salió de entre las hojas y aplastó con su bota la repugnante cabeza del reptil, y me libertó y juntos nos fuimos a través de los campos llenos de un perfumado viento de primavera. Súbitamente usted se detuvo en el camino y me preguntó lo mismo que ahora: “¿Y piensas que me quieres, Francesca?”. Yo me estremecí y desperté sin haber podido contestar.

—Pero contestarás ahora, y es lo mismo.

—Oh, tendría usted que saber muchas cosas antes..., muchas cosas que lo harán mirarme con asco, con repulsión... —y bajó la cabeza, escondió la frente entre las manos de Raf y sollozó amargamente.

—Pero tontina, si te he dicho ayer que en mí tienes un amigo, un hermano. Además, ¿qué cosas horribles puedes haber hecho tú?... ¿No ves que a través de tus ojos se te adivina el fondo del alma?

Los sollozos de Francesca se repitieron más fuerte, pero entonces fueron de agradecimiento, de alegría de verse comprendida.

—Yo sabía que usted era bueno; pero no creía que pudiera penetrar hasta el fondo de mi ser...

—Pero si no se necesita mucha sabiduría para eso... No ves que tu cara está diciendo que eres incapaz de hacer mal...

—Y si supiera que lo he hecho, inconscientemente unas veces y obligada otras...

—Entonces tú no tienes la culpa, sino los que te llevaron a hacer el mal...

—Pero de todas maneras yo he sido mala... Si supiera usted lo que he sufrido... Yo quiero contarle a usted todo, todo..., para que me desprecie o para que me perdone y me tenga lástima, si después de conocer mi historia ya no merezco el cariño que hoy me profesa —y Francesca hablaba dolorosamente, cortadas las frases por los sollozos.

—De antemano te diré que he de quererte más, mientras más hayas sufrido.

—Oh, pero yo he tenido un poco de culpa, porque he preferido vivir así antes que darme la muerte...

Raf le besó las manos aristocráticas alentándola, y Francesca continuó:

—Hace apenas dos años, y un siglo me parece que ha transcurrido desde entonces. Yo conocí a Leonardo de Ricci en Florencia. Lo veía de tarde en tarde, en los paseos, en la iglesia. Me atraían su rostro lleno de dulzura y su porte elegante y distinguido. Empezamos a escribirnos cartas triviales que depositábamos y recogíamos en el correo. Cuando mis padres resolvieron mi regreso a la Argentina, mis ojos se llenaron de lágrimas al pensar en que debía separarme de Leonardo y en

que no habría de verlo nunca más. Le escribí diciéndole mi pena y él me consoló contestándome que también iría a la Argentina para no separarse de mí. Hicimos el viaje juntos y en el vapor nuestro cariño se hizo más hondo. Al llegar a Buenos Aires seguimos viéndonos y comunicándonos de tarde en tarde sin que mis padres se enteraran de aquellos amores míos. Un día, Leonardo conoció a mi hermano en un club de Buenos Aires e intimaron de tal modo que siempre andaban juntos a pie o en el automóvil de alguno de los dos. Así pudo entrar a mi casa y hacerme la corte discretamente, sin que nadie sospechara de nuestro antiguo conocimiento. Mi padre mismo veía con buenos ojos lo que él juzgaba una naciente simpatía de ambos. En una ocasión, paseábamos por la orilla del mar en Mar del Plata. De pronto un hermoso perro que jugaba ladró a mi lado, y yo, sobrecogida por lo imprevisto del ladrido, grité. Después sonreí, burlándome de mi nerviosismo, y busqué los ojos de Leonardo; pero él se había abalanzado al pobre animal, lo había sujetado por la garganta y apretó, apretó furiosamente hasta estrangularlo entre sus propias manos. La impresión mía fue inmensa y hoy mismo, al recordar aquella horrible escena y la cara de locura de Leonardo, me dan extraños escalofríos. Desde ese día, el cariño que yo le tuve se trocó en un miedo que me hacía esquivar su presencia.

Él lo notó y su amor pareció avivarse con mi desvío. Pero, un día, mi padre supo que mi hermano Ludovico había perdido en el juego grandes cantidades de dinero y que tenía su nombre empeñado, que Leonardo era un gran jugador cuya continua suerte tenía asombrado al Buenos Aires de los clubs y de los casinos, que nadie lo conocía ni se sabía de dónde había salido, y lo echó de la casa violentamente.

Francesca suspiró y buscó los ojos de Raf que, tomando entre sus manos la cabeza de la joven, la besó en la frente. Y Francesca continuó:

—Yo solía ir los jueves a uno de los mejores salones de cinematógrafo de Buenos Aires, acompañada de mi institutriz. Y una tarde, al subir a nuestro automóvil para regresar a casa, mientras yo subía al coche un mendigo se acercó a mi institutriz, que se detuvo para darle una limosna. El auto arrancó, llevándome sólo a mí. En una casita de los alrededores de la ciudad el automóvil se detuvo y Leonardo salió a recibirme. Ni súplicas ni lágrimas valieron para ablandar el corazón de ese hombre que, desde entonces, me hace mover como un autómata...

La joven sollozaba con la cabeza reclinada sobre el hombro de Raf, y, como si hablara dormida, continuó:

—Me ha llevado por España, Francia, Inglaterra, Estados Unidos, haciéndome pasar en unas partes

por su hermana, en otras por su esposa o su querida, viviendo unas veces en fastuosos hoteles y otras en formas oscuras y miserables, haciéndome colaboradora inconsciente de todas sus maldades y de todos sus crímenes... Mi pobre hermano quiso arrancarme de las garras de Leonardo y murió misteriosamente asesinado en París. Leonardo mismo me dio varios periódicos que registraban el hecho, y al dárme los sonrió indicándome que yo podría correr la misma suerte en no lejano tiempo.

Raf había contraído el ceño, reconcentrando todos sus pensamientos y todas sus ideas. Nerviosamente, inconscientemente, apretó un brazo a Francesca, que levantó el rostro sorprendida.

—Ya ve usted, amigo mío —clamó sollozando—, que ahora que conoce toda la verdad me desprecia...

—No, Francesca de mi vida, no... Pienso que es horrible todo lo que ese hombre ha hecho y todo lo que pretende hacer, y que es necesario impedirlo, que es preciso cortarle las garras y echarlo en un presidio como se echa una fiera dentro de una jaula.

—Y él, Leonardo, ¿dónde está? —se preguntó Francesca—. No lo he visto desde Nueva York y pensé que estaría lejos. Su amigo de confianza trabaja en Colón y sus compañeros hablan de ellos a menudo y echan planes sobre un buen negocio que está a punto de realizarse...

—Y que yo puedo desbaratarles —dijo Raf enérgicamente, poniéndose en pie.

—Por Dios, amigo mío, tenga usted cuidado. Su vida está pendiente de un hilo...

—No importa, no importa nada.

—Si no por usted..., hágalo por mí, amigo mío —sollozó Francesca.

—El rostro de Raf se dulcificó.

—Tienes razón, nena mía; mi vida te pertenece desde hoy, pero por ahora no temas... Necesito antes libertarte y, cuando seas libre, te pondré mi vida a los pies para si tú la quieres recoger y no dejarla nunca más...

Los jóvenes se miraron frente a frente y se unieron en un estrecho abrazo.

—Bien, Francesca, hasta la vista. No sé si venga mañana o pasado, pero vendré. No tengas miedo por mí.

—Cuidado, amigo mío, cuidado.

—¿Dices que se llama Leonardo de Ricci?

—Sí.

—Bien, adiós.

—Hasta pronto...

XVIII

Presente, alto, sin novedad...

—Hola, capitán Candelilla... Lo he mandado a buscar porque lo necesito. Veremos si es verdad que es usted un hombre listo.

—Veremos, pues. ¿Y de qué se trata?

—Es muy sencillo: que me averigüe usted si la quinta donde estuvimos anoche tiene entradas por el patio, y cómo se puede llegar hasta la sala o el comedor sin entrar por la puerta de la calle. ¿Se atreve usted?

—Claro, hombre; ahora mismo voy.

—Le advierto que se necesita mucho cuidado, para que no descubran que usted anda en esas cosas, ¿eh?

—Sí, yo tendré cuidado.

—¿A qué horas, pues, lo espero a usted?

—A las cinco de la tarde estoy aquí.

—Bien, tome usted un anticipo para cigarrillos.

Y Raf dio al chiquillo una moneda de a peso.

—Gracias, y adiós.

—Hasta luego, capitán; y no faltar, ¿eh?

—No hay cuidado.

Y Candelilla salió escaleras abajo, convencido de su papel de hombre de importancia.

“Todo va como sobre carriles —pensó Raf—. Ahora necesito hablar con Pretelt para que juntos vayamos al correo a atar el último hilo de esta tela de araña donde va a quedar un águila alpina”. Y tomando su sombrero salió, camino de la policía.

Al llegar al cuartel de policía Raf notó un poco de movimiento. En la guardia había muchas personas y se oían voces.

—¿Qué tal, general Varón? —saludó Raf—. ¿Qué sucede en su jaula?

—Nada, tonterías. A un reportero del *Diario* que le han puesto un ojo como huevo frito de casa de la Peruana.

—¿Y quién es él? ¿Pedro Fuenmayor?

—No, Mariano Soto.

—¿Y por un ojo de Mariano Soto se arma tanto escándalo?

—Es lo que yo digo.

—¿Y qué es de Pretelt, se le puede ver?...

—Para usted siempre estamos visibles todos.

—Gracias, general; usted se renueva en galanterías a cada momento.

—No creas, hombre; esto sólo es contigo. Ven, vamos donde Leónidas.

—El señor Raf, comandante —anunció Varón.

—Hola, viejísimo, ¿qué te trae por aquí? ¿Arreglaste todo ya?

—A eso vengo, a que acabemos de arreglarlo. Falta lo último, lo más preciso. Tengo los hilos de todos los robos cometidos últimamente y de otros que se van a cometer y quiero que cojamos a los ladrones reunidos, con todas las pruebas del caso, lo cual ya es muy sencillo pues sé dónde se reúnen.

—¿Y qué cosa deseas entonces?

—Que vayamos al correo a interceptar la correspondencia de Leonardo de Ricci, donde debemos hallar la fecha en que habremos de encontrarlos reunidos.

—¿Y es cosa urgente?

—Es mejor no perder un momento porque podría írsenos una buena oportunidad.

—Bien, vamos.

Y los dos amigos salieron del despacho de la comandancia.

Enterado don Enrique Lewis del objeto de la visita del comandante Pretelt, les dio toda clase de facilidades para que pudieran llevar a feliz término sus averiguaciones.

Había, precisamente, una carta dirigida a Leonardo de Ricci desde Nueva York, y otra de Colón, ambas acabadas de llegar. Quizá para no despertar sospechas las

cartas venían en sobres comunes, sin lacre ni nada que pudiera llamar la atención sobre ellas. La apertura de los sobres fue, pues, tarea sencillísima.

La carta de Nueva York decía lacónicamente:

Tengo todo perfectamente arreglado, de modo que usted puede llegar en el momento en que lo desee. Si siempre ha quedado usted satisfecho de mí, creo que esta vez no tendrá por qué quejarse. No sólo dos personas podríamos alojar allí, sino un ejército que nadie encontraría nunca más.

Espero, no obstante, que me avisará usted la salida por cable para arreglar detalles y para esperarlo en el muelle.

Afectísimo amigo,
Dick

La de Colón era explícita y dejó colmadas todas las esperanzas de Raf:

Querido Leonardo:

Supe el feliz resultado del asunto de E... Trabajo me costó hacer quedar al viejo aquella noche en esta ciudad; pero yo le pinté el negocio con pinceladas de rosa y le indiqué la necesidad de quedar definitivamente arreglados.

He podido al fin arreglar el viaje a Nueva York y pienso salir el lunes, si tú no dispones otra cosa. Tenemos un fondo de cuatro mil dólares, porque logré colocar nuestra mercancía para Colombia y Nicaragua con veinte por ciento de descuento, y como urgía salir de ella, coloqué lo que me quedaba aquí al cincuenta por ciento.

Le mandé a Francisco algunos instrumentos que necesitaba para arreglar el asunto que tú planeaste de la avenida Central y me ha dicho que el sábado en las primeras horas de la noche lo dejará terminado. Así, pues, podemos tener una reunión esa noche a las 12, en el lugar de costumbre.

¿Has resuelto, por fin, qué hacemos con Francesca y con la otra? Ambas nos son peligrosas e inútiles aquí, sobre todo, la última. Piensa si será mejor que se marchen conmigo el lunes.

Hasta el sábado en la noche, pues, se despide de ti tu amigo,

Rull

—Bien —dijo Raf—, ahora conviene cerrar esto y darle curso. ¿Ya ves, Leoni, que apenas había el tiempo preciso?

—Y, ¿dónde diablos es que se reúnen esos tipos?

—En Bella Vista, en una quinta muy bonita. Mañana por la noche la conoceremos interiormente.

—Muchas gracias, don Enrique, por todas sus amabilidades.

Y los dos amigos salieron de la administración general de correos.

Ya en la calle Raf dijo:

—Es bueno que nos veamos en el baile de mañana, con eso nadie sospechará nada.

—Entonces nos veremos allí a las once y media, británicamente hablando.

—Sí, hasta mañana.

—Adiós.

XIX

Vamos a ver, caballero Candelilla, qué noticias me trae usted.

—Muchas; pero antes quiero que me dé un cigarrillo para hacerle una prueba.

—Cómo, ¿fuma usted ya?...

—No, señor; le he dicho que es para hacer una prueba.

—Buen granuja estás tú —dijo Raf, dándole el cigarrillo.

Candelilla sacó fósforos, encendió el cigarrillo, aspiró el humo y dijo:

—Fui al monte, corté leña y por más señas, aquí traigo el humo —y mientras echaba el humo por la nariz y boca, puso una carta en manos de Raf que, sorprendido, rasgó el sobre y se encontró con la firma de Magdalena.

—Pero ¿qué has hecho tú, muchacho? —exclamó Raf casi colérico.

—No se caliente, viejo —contestó impertérrito Candelilla—; ya verá usted que soy hombre de figura.

—Pero ¿cómo está esta carta en tus manos?

—Ahora le voy a explicar eso. Yo me fui por ahí esta mañana y vi el patio de la casa. Entonces vine y busqué dos *bimbines* que yo tengo y me metí al patio de la casa dizque cogiendo pájaros. Cuando yo veía que el pájaro se iba acercando a la jaula me acercaba y el pájaro se iba, y así estuve hasta que me fijé en toda la casa.

—Pero si por ahí ya no hay pájaros, hombre.

—No le he dicho que yo tengo dos. Solté el macho y no hizo más que volar alrededor de la jaula hasta que entró.

—Y, ¿por qué escogiste el macho?

—Porque si suelto la hembra se hubiera ido muy fresca a buscar otro macho nuevo.

Raf sonrió ante las profundas observaciones de psicología pajaril que tenía hechas su ayudante, que continuó:

—De pronto salió una señora muy bonita, que se sonreía de verme la cara que yo ponía cuando el pájaro se acercaba y cuando vio que el pájaro cayó, empezó a palmotear y me llamó. Me preguntó cómo me llamaba y se rio cuando le dije que me decían Candelilla, y entonces me preguntó si lo conocía a usted. Yo le dije que no, pero ella me dio todas las señas y yo le dije que lo buscaría. Entonces me dijo que me esperara, que me iba a dar una carta, y mientras ella estuvo por adentro

yo examine una puertecita que hay en el patio y que da a la parte de adentro y la cerré con llave, y aquí la traigo —y Candelilla puso sobre la mesa una llave.

—Eres un bravo hombre, Candelilla, y desde hoy te asciendo a comandante. Toma mientras tanto —y le dio un peso.

—Cero y van tres hoy.

—¿Cómo así?

—Uno que me dio usted esta mañana, otro que me dio la hembra esa para que le trajera la carta y otro que me da usted ahora, son tres, si la tabla de sumar no está equivocada.

—Ya ves, pues, cómo hay que ser inteligente, ¿eh?

—Y usted sabe que siempre estoy a la orden.

—Bueno, mañana por la noche te vienes a dormir aquí, ¿sabes?

—Perfectamente.

—Vete, pues, y hasta mañana.

—Adiós.

El domicilio del círculo comercial estaba aquella noche radiante de luces y de alegría. Y cómo no, si se daba un baile de despedida a Tina de Albarrán, la bella hija de don Próspero, el acaudalado presidente de la asociación.

A lo largo de las amplias escaleras ricamente alfombradas, las guirnaldas de flores se enroscaban a las barandas y a las columnas, y aquí y allí asomaba por entre las hojas la pupila sangrienta de alguna pequeña bombilla eléctrica, semejante a un clavel que se encendiera de pasión ante la seda de tanto cuello grácil, ante el terciopelo de tanto rico pecho moreno como dejaba al descubierto la aristocrática indiscreción de los escotes.

El piafar de los caballos se entremezclaba al resoplar de los automóviles, que en un desfile variado e interminable se detenían a la entrada del club para depositar suavemente su bella y perfumada carga de mujeres, rubias y morenas que al descender dejaban, diabólica y coquetamente, asomar de entre la crujiente seda de sus albos trajes el prodigio de una ebúrnea

pantorrilla, terminada finamente por la olímpica gracia única de un levísimo pie americano.

Arriba, el aspecto de los salones era deslumbrador. Entre el crujir de las sedas y el gemir de algún violín, se oía de vez en vez la cristalina perlería de una jovial risa de mujer, y como el espíritu se despierta y se alegra entre un ambiente de luz y de perfume, hasta alguna exótica genialidad cruzaba a veces como un cohete sobre el murmullo galante de los salones.

Tina de Albarrán era aquella noche, más que nunca, la reina de la fiesta. Un bellissimo traje de seda lacre, adornado con ricos encajes negros, realzaba la palidez morena de sus hombros esbeltos y la morbidez de su firme busto de Diana, y la arropaba, ciñéndola toda, envolviendo su cuerpo serpentino y elástico en una llama oscura que la lamía, dibujándola impecable, intacta, a los ojos ávidos del sexo masculino. Enrique de Picardelli no la dejaba un momento, y era envidia de niñas casaderas y de mamás amorosas aquella hermosa pareja de jóvenes ricos, vigorosos y bellos que iban a entrar en breve plazo por las divinas puertas del amor.

Ingénitamente orgullosa, Tina, en aquella noche en que ya palpaba su triunfo, hacía gala de una altanería agresiva que en los hombres alejaba la idea de futuras posibilidades y en las mujeres ponía murmura-

ciones que las más de las veces acababan ahogadas por un suspiro de impotencia que salía indiscretamente a flor de boca.

Cuando del brazo de Enrique Tina pasó al lado de Enriqueta de Sandoval, su sonrisa fue cortante como un latigazo y su mirada para Enrique acariciante como un beso. Y Enrique sonrió triunfalmente y no faltó quien, al corriente de ciertas hablillas, se mordiese el bigote de envidia ante la suerte del gallardo y pulcro extranjero.

Raf y Leónidas hablaban, sentados en torno de una de las mesitas que ocupaban el amplio terrado del círculo, a cuyo frente el hermoso panorama de la ciudad iluminada se copiaba sobre las aguas de la mar, dormida aquella noche lunar como una laguna. Dos señoritas frescas y rientes pasaron, saludando gentilmente. De pronto una de ellas se devolvió, arrastrando a la otra.

—Buenas noches, caballeros.

—Buenas noches, señoritas —respondieron ellos, poniéndose en pie.

—Señor Raf; usted perdonará que le moleste, pero mi amiga Valentina me ha hecho una pregunta que usted puede contestarme porque es escritor.

—Usted dirá, señorita.

—Dice Valentina que ¿por qué aquí no hay, como en La Habana y en San José, cronistas sociales?

—Que por qué aquí no hay cronistas sociales...
—y Raf sonrió irónicamente.

—Sí; ¿y por qué sonrío usted así?

—Por nada, señorita, por nada...

—Bien, pues dígame ¿por qué no hay cronistas sociales aquí?

—Porque para que haya cronistas sociales se necesita que haya primero sociedad, y aquí no la hay.

—¿Que aquí no hay sociedad, dice usted?

—No, señorita; aquí hay grupos de familia, de parientes, que forman un círculo para divertirse y nada más; pero no una sociedad constituida como la de todas las ciudades del mundo. Además, aquí no puede haber cronistas sociales todavía porque aún no hemos alcanzado la cultura que se necesita para comprender la importancia del periodismo...

—Entonces, ¿usted cree que en La Habana y en San José nos llevan la delantera?

—Si ha de juzgarse por eso, sí, señorita.

—Vea usted a Valentina cómo se ha alegrado al decir usted eso.

—Es la verdad, señorita.

—Los dejamos, pues, solos de nuevo, y perdonen nuestra impertinencia.

—Siempre a sus órdenes, Lolita.

—Adiós.

—Adiós.

Desde el lugar que ocupaban, los dos amigos podían perfectamente ver pasar las parejas que se deslizaban por el salón a los compases de un cadencioso y somnoliento vals alemán. Don Próspero pasó al lado de ellos.

—¿Qué hacen ustedes aquí, jóvenes? A bailar, a bailar que el tiempo pasa...

—Y, usted, ¿por qué no baila, don Próspero?

—Hijo, a mi edad ya sólo se baila en la lengua del prójimo...

Antoñito Ramírez llegó fragante, empolvado y emantecado.

—¿Qué tal, eh? ¿Qué tal? —dijo con su voz de tiple—. Ustedes siempre al lado de la comida, ¿eh? Picarones...

—Y desde aquí le están “tomando el panegírico” a las muchachas, ¿eh? —continuó.

—Sí, hombre, sí; veámos a Julia, tu novia.

—Mi novia, ¿eh?... Sí, pero eso es “un hipótesis”, ¿eh? —y se largó tan satisfecho.

—Qué antipático es este mozo, dijo Leónidas.

—No, hombre, a mí me resulta divertidísimo. Eso de que él mismo no se haya dado cuenta de lo imbécil y de lo infeliz que es, lo convierte en un tipo encantador.

—Pues yo de buena gana lo mandaría a dar rejo.

—Entonces lo echabas a perder. Mira... Parece que Enrique se despidiera de Tina ya.

—Sí, parece que se marcha.

Los dos jóvenes se habían perdido entre las personas, rumbo hacia las escaleras del club.

Don Próspero llegó nuevamente, seguido de un camarero.

—Si no se les viene a buscar a ustedes, no se les encuentra. Aquí traigo unas copas de champaña para que las bebamos juntos.

—¿Y por qué se ha molestado usted, don Próspero?

—No es molestia, muchachos... Un viejo siempre se siente rejuvenecido cuando bebe en compañía de unos pollos como ustedes. Ea, salud.

—Salud, don Próspero.

—Y ahora, perdónenme, que tengo que estar atendiendo a todos los amigos. Adiós...

—Adiós, don Próspero.

—Pobre viejo, hombre. Yo tengo casi miedo.

—Y miedo, ¿por qué? —dijo Leónidas.

—Es que el escándalo será terrible.

—¿Y a nosotros qué nos importa? Nosotros cumplimos con un deber, y peor sería que sucediera otra cosa.

—También es cierto.

—Bien, ¿nos marchamos?

—Sí, vámonos.

Desde el balcón Leónidas y Raf vieron alejarse el automóvil que conducía a Enrique de Picardelli, mientras el reloj de la iglesia catedral desgranaba en el silencio el rosario de la medianoche.

El general Varón, el capitán Rivera, el vigilante Villarreal y el insigne Candelilla estaban reunidos en la comandancia de policía.

—Ya vienen —dijo de pronto el chiquillo.

—¡Qué sabes tú, granuja!

—Ya vienen, le digo —afirmó Candelilla. Y un minuto después el automóvil que conducía a Leónidas y a Raf se detuvo frente al cuartel.

—¿Están todos ahí? —preguntó Leónidas a un agente.

—Sí, señor; hace rato.

—Díales que vengan.

Y los llamados salieron, seguidos del chiquillo.

—¿Traen las esposas?

—Sí, comandante; las lleva el vigilante Villarreal.

—Bien, suban a su automóvil. Tú, Candelilla, ven con nosotros —y los autos, con la capota levantada, partieron hacia la avenida Central, camino de Las Sabanas. Al llegar a Bella Vista, los automóviles se detu-

vieron a indicaciones de Candelilla, y los ocupantes echaron pie a tierra.

—Por este callejón —indicó el chiquillo— es por donde salimos a un huerto que da al lado del patio de la quinta; pero tenemos que meternos por entre los alambres.

—No importa, sigue.

El grupo seguía la sombra, silencioso. Cruzaron una cerca, dos, y por entre los árboles se vio la luz de las ventanas de la casa. Pasaron la última cerca de alambres encaramándose, agarrándose de los árboles y quedaron dentro del patio de la quinta. La Luna se había puesto, y la noche, llena de nubarrones, se había hecho oscura, casi lóbrega.

Candelilla fue comisionado para hacer una exploración desde un árbol que dominaba la habitación donde parecían estar reunidos los sujetos que buscaban. Fue cuestión de dos minutos la operación.

—Hay cuatro individuos, y tienen en la mesa unos fajos de billetes y sortijas y pulseras...

—Y, ¿dónde está la puertecita de que tú me hablaste?

—Vengan, por aquí.

En efecto, la puertecita se abrió para dar paso al grupo, precedido por Candelilla. El piano sonó en aquel momento, protegiendo la invasión, el allanamiento de

la casa. Subieron una escalera que los llevó a un corredor donde se veía, entornada, una de las puertas de la habitación donde estaban reunidos los individuos. Leónidas indicó al capitán Rivera la conveniencia de ocupar otra puerta cerrada que daba al pasillo y una de cristales que salía al balcón, por el lado del jardín. Una vez así distribuidos, Leónidas, Raf y Varón, se acercaron a la puerta hasta escuchar lo que los sujetos hablaban.

—No debes de recibir menos de diez mil dólares y haces el negocio inmediatamente que llegues, de modo que puedas esperarme en el muelle con el dinero, porque llegaré poco menos que sin un centavo —decía una voz.

—¿Quedándote con tres mil dólares? —replicó otro.

—¿Y qué es eso cuando precisamente debo hacer ante mi suegro alarde de mi fortuna?... Además, si se le ocurre demorar unos días más el viaje...

—¿De manera, pues, que no habremos de vernos más hasta Nueva York?

—Sí; tú debes irte mañana temprano a Colón y yo no quiero moverme de Panamá un momento, dejando atrás a Francesca y a esta otra...

—¿Y a Enriqueta de Sandoval?... —rió el otro cínicamente.

—Oh, ésa no hablará, porque no le conviene...

Hubo una larga pausa que interrumpió una voz:

—Bien, me marchó.

—Un momento —dijo Leónidas entrando seguido de Raf y de Varón.

Un tiro de revólver sonó y simultáneamente una voz gritó:

—Estúpido...

Era Enrique de Picardelli que sujetaba por la muñeca a un individuo en cuya diestra humeaba un revólver. Magdalena entró despavorida, y al darse cuenta de lo que pasaba y al ver a Raf, se arrojó llorando entre sus brazos.

Rojo de ira, pero haciendo alarde de una sangre fría inaudita, Picardelli preguntó:

—¿Se puede saber a qué se debe esta violenta manera de entrar a una casa, comandante Pretelt?

—Si el tiro que me acaba de hacer ese individuo no lo dijera todo, nosotros tenemos otras razones.

—Pero ¿no podría usted tener la amabilidad de decirme cuáles son?

—Es inútil seguir negando, señor Leonardo de Ricci —dijo Raf interviniendo.

—Venimos —continuó Raf— por la cartera de Raúl Espinosa; por lo que le quede de los billetes falsificados vendidos para Colombia y para Nicaragua; venimos por esas prendas que usted tiene ahí delante, y que son las de Enriqueta de Sandoval, y venimos, por

último, por el raptor de Francesca de Castiglioni y por el asesino de su hermano...

Enrique se mordió los labios de rabia y dijo, haciendo gala de un gran cinismo:

—He perdido la partida porque los juzgué a ustedes más estúpidos de lo que en realidad son —y tomó su sombrero de copa, preparándose a seguir para donde quisieran llevarlo.

—General Varón —dijo Leónidas—, haga poner las esposas a todos.

La operación quedó terminada en un momento y Leónidas recogió los billetes y las prendas esparcidas sobre la mesa, entre las cuales había pulseras y relicarios con el monograma de Enriqueta de Sandoval. Después los presos se pusieron en marcha, precedidos por Leónidas, Raf y Varón, y seguidos por Rivera, Villarreal y Candelilla, que se devanaba los sesos por explicarse bien todo aquello que había visto y en cuyo final había tomado tan directa intervención. Y los autos partieron, camino del cuartel de policía.

La noticia de la prisión de Enrique llegó al círculo comercial en alas de la brisa. Don Próspero dijo que era un abuso incalificable y que aplastaría con su pie poderoso a quien hubiera tenido la osadía de detener a su distinguido yerno en aquella noche, precisamente, y

salió hacia la comandancia, seguido de algunos amigos de Enrique; pero bien pronto regresaron mudos, cabizbajos, cada cual por su lado, y don Próspero se llevó a Tina que no se explicaba qué cosa sucedía, mientras los demás cargaban con sus familias. Un murmullo temeroso cruzaba por los salones un instante después y la fuga se inició al fin, vergonzosa y cobarde, porque nadie quería ya la responsabilidad de haber encumbrado a un individuo desconocido, sin más credenciales que el derrochar un dinero que nadie se tomó el trabajo de averiguar de dónde provenía...

XXII

El escándalo provocado por la prisión de Enrique de Picardelli había sido enorme, colosal, aterrador. Jamás se había dado un caso tan inaudito de bochorno para una sociedad poco escrupulosa, y mientras unos se habían recluso para evitar explicaciones, otros rajaban indignados contra quienes glorificaron a aquel aventurero que no trajo otras recomendaciones que un rostro sonrosado de muñeca y un pródigo bolsillo de jugador.

Tina y don Próspero habían salido escapados con rumbo a París, para huir del ridículo de su fracaso y de las sangrientas burlas de mujeres y hombres que tenían algún desaire que vengar o algún rencor que dejar satisfecho. Sólo Raf parecía imperturbable y en sus labios se había definido más claramente su eterna sonrisa de tranquilidad.

La noche de la prisión de Picardelli, una vez que los delincuentes estuvieron en manos de la justicia, él se encargó de Magdalena, y la acompañó de nuevo hasta el hotel que antes ocupara y cuyas habitaciones no había dejado ella.

Una vez allí, Raf pretextó ocupaciones urgentes relacionadas con la prisión de Enrique y corrió en busca de Francesca, cuyas gracias y cuya ingenuidad le tenían lleno el pensamiento. En la seguridad del desenlace que habría de tener la aventura de esa noche, le había arreglado una casita encantadora, llena de enredaderas y de flores y que era como un dulce nido, propio para esconder el purísimo amor que Francesca le inspiraba, e iba en su busca para darle la nueva de su libertad y para saber de su boca y de sus ojos si una vez libre quería sacrificarle su libertad y darle su corazón. Y al llamar a la puerta de la fonda, cerrada a aquella hora de la noche, lo hizo con impaciencia.

Un hombre, que por las trazas debía ser el cocinero, vino a abrir. Apenas entreabrió la puerta, Raf empujó violentamente, precipitándose hacia las habitaciones de Francesca. La joven estaba aún despierta y abrió sobresaltada.

—Rafael...

—Francesca de mi vida... —y se confundieron en un fuerte abrazo.

—Venía por ti, para no separarnos nunca...

—Pero ¿qué ha sucedido?, Rafael, por Dios...

—Nada, luego te diré... Por ahora sólo importa saber si es cierto que me quieres.

—Y lo dudas todavía...

—Entonces arréglate y ven conmigo...

—Pero ¿y Leonardo?... ¿Y sus amigos?...

—Ya nunca más te molestarán... Están donde deberían estar desde hace tiempo, Francesca mía... Ya eres libre.

—Gracias, Rafael, gracias.

—Y los dos jóvenes se confundieron de nuevo en un estrecho abrazo, mientras Francesca sollozaba de emoción, de alegría.

—Pero ¿qué debo llevar?... ¿A dónde vamos?...

—Vamos a la felicidad y para ir allá no se necesita llevar nada... Anda...

Los jóvenes salieron del brazo ante los ojos atónitos del cocinero, que nunca había visto a Raf, y subieron al automóvil, que partió ruidosamente en el silencio de la noche.

XXIII

Oh, no me lo debes negar, es inútil... Tu misma inseguridad al hablar está diciendo claramente que no eres veraz —y Magdalena, con los ojos húmedos en llanto, reclinó la cabeza sobre el hombro de Raf.

—Pues te equivocas, Magdalena, te equivocas. Yo te quiero como siempre y yo no sé de dónde sacas tú que he dejado de quererte...

—De todo... Tu frialdad al hablarme, tus visitas de compromiso, rápidas y siempre dentro del paréntesis de una urgente ocupación... Además, el corazón me dice que ya dejaste de quererme...

—Tonterías...; tonterías sin una base..., sin nada...

Magdalena levantó la cabeza y fijando sus grandes ojos negros en Raf, le dijo:

—Nunca me has engañado; creo que no sabes mentir y yo quiero que seas franco conmigo, en la seguridad de que una certeza me será menos amarga que esta incertidumbre que me mata... Dime, Raf, ¿no amas a otra mujer?

—Pero...

—No; respóndeme categóricamente; tú sabes que no me gustan términos medios.

—Pero ¿qué quieres que te diga?... Yo no sé de qué proviene tu duda...

—De ti..., de tu manera extraña de ser hoy... ¡Mira! —y esta última palabra la pronunció Magdalena con la voz crispada dolorosamente, mientras levantaba en el aire una hebra de rubio cabello dejada sobre el hombro de Raf.

Raf enrojeció, mientras una sonrisa forzada le entreabría los labios.

—¿Todavía vas a negármelo, Raf? —dijo Magdalena serenamente, dignamente, en tono de reproche.

—No; jamás pensé negártelo, pero esperaba mejor ocasión que ésta para decírtelo.

—Para estas cosas la mejor ocasión es la primera, amigo mío, con la cual se evitan malos ratos y hondos resentimientos.

—Pero si es que me sucede algo que para mí es tan natural y que para todos es tan raro, que ya me da vergüenza decirlo porque nadie me cree...

—Extraño tiene que ser cuando juzgas que ni yo he de comprenderte.

—Cierto es que eres excepcional, pero pudiera suceder que el amor te hubiera hecho como todas.

—No; cuando la educación del carácter es sincera y honda, no la alteran ni el odio ni el amor. Yo sé que soy la misma, aunque para vos haya cambiado ya...

—¿Lo ves, Magdalena, lo ves?... ¿Quién te dijo que yo he dejado de quererte?

—Vos mismo acabáis de decírmelo, amigo mío.

—Ya te dije que nadie me comprende. ¿De modo que tú piensas que porque amo a otra mujer dejé de amarte a ti?

—La teoría es bella y, sobre todo, cómoda, y merece, por tanto, que la expliquéis.

—Pues es muy sencillo: Yo amo a otra mujer enteramente distinta de ti. Rubia, ingenua, delicada, casi espiritual. Tú y ella no sois sino partes del ideal, de ese ideal eterno que no se puede personificar y que todos llevamos escondido en lo más íntimo de nuestro ser y que nos empuja hacia el porvenir, ansiosos de caminar en su busca... Yo la quiero a ella por una causa distinta de la que me trae a quererte a ti...

—Oh, sería bello si eso fuera cierto, pero vos mismo os engañáis.

—No, Magdalena, yo no me engaño. Yo amo en ti tu gallardía, tu sabiduría, tu ademán dominador de emperatriz, tu palabra llena de experiencia y tu fuerte belleza de mujer madura; y en ella amo la inocencia, la espiritualidad, la ignorancia de la vida y la total en-

trega que me hace de su pensamiento y de su belleza apenas en botón... Sois absolutamente distintas; si yo te ofendiera a ti, me despreciarías; si la ofendo a ella, se muere.

—Sé que sois sincero, pero debo preveniros para que desconfiéis de vuestro corazón, todo bondad. Indudablemente aún me queréis, pero ha de llegar el día en que ese nuevo amor os llene toda la vida, porque es natural y es justo que eso suceda. Ella, según decís, es una flor que se abre y yo soy ya una rosa que se deshoja. A medida que la belleza de ella se encamine a su desarrollo, a su plenitud, la mía se irá ajando, porque ya dio todo lo que tenía que dar, y yo os he amado mucho, y os amo tanto todavía que no quiero que se apague en vuestra alma ese resto de ilusión con que aún me rodeáis en lo íntimo de vuestro ser...

—Pero, Magdalena, por Dios...

—Es inútil, mi querido amigo, nosotros hemos concluido... Lo mandan mi orgullo, mi egoísmo...

—Pero eres cruel conmigo, Magdalena, cuando yo no he querido nunca hacerte sufrir...

—Lo sé; sé que habréis de sufrir porque vuestro noble corazón os dirá que me habéis llenado el alma de amargura y vos querríais encontrar un medio de atenuar mi pena, pero eso es imposible; y a medida que más os violentarais para hacerme feliz, más rápidamente

se iría borrando de vuestro corazón ese resto de amor que aún os hace preocupar por mi felicidad, y yo, os lo repito, aunque sólo sea por egoísmo, quiero conservar intacto en vos ese resto de ilusión con que aún rodeáis mi recuerdo y que me dejará la seguridad de que de vez en vez me dedicaréis un pensamiento vos..., vos que sois el único hombre que he querido en mi vida... —y la voz de Magdalena quedó ahogada por el llanto, mientras ella escondía la cabeza entre las manos.

—Perdóname, Magdalena, perdóname el mal que te hago sin quererlo —suplicó Raf, mientras acariciaba las sonrosadas orejas de Magdalena.

—Estáis perdonado de todo corazón; pero es preciso ya terminar, Raf.

—¿Me echas de tu casa, Magdalena?

—No; incapaz sería de hacerlo; pero deseo estar sola y a vos os reclaman en otra parte...

—¡Magdalena! —murmuró Raf con los ojos húmedos por el llanto.

—Es inútil, Raf. Nos hemos querido bellamente y bellamente debemos separarnos.

—Pero es horrible que no me deis tiempo de sincerarme con vos.

—No lo necesitáis. Si yo no estuviera convencida de lo noble que sois, ni hubierais visto lágrimas mías ni estaríais aún aquí, Conque...

—¿Y no he de veros más, Magdalena?

—Oh, sí y olvidaba preguntaros: ¿dónde vive ella?

—Magdalena...

—No temáis, amigo mío, quiero verla para aconsejarla y para decirle que ella tiene el compromiso de haceros feliz, porque por vuestra felicidad y la de ella yo me sacrifico sonriendo.

—Sois buena, Magdalena...

—¿Queréis decírmelo?

—Sí... En Bella Vista, Villa Florencia.

—Bien, gracias.

—Magdalena: un beso, el último beso... —suplicó Raf.

—Imposible, Rafael; ese beso sería ya impuro y me quemaría el alma toda la vida.

—De rodillas, Magdalena, te lo pido.

—Es inútil que insistáis. Os he dicho que es cuestión de egoísmo y ahora no hago otra cosa que grabar indeleblemente mi recuerdo sobre vuestro corazón.

—En la mano, pues, Magdalena...

—Sea en la mano.

Raf puso en la mano de Magdalena un beso que se confundió con una lágrima.

—Adiós, Rafael —dijo ella terminando.

—Adiós, Magdalena...

XXIV

El coche que llevaba a Magdalena se detuvo en Bella Vista, frente a Villa Florencia, donde la joven descendió. Al detener los ojos sobre la quinta, un doliente suspiro le brotó a Magdalena desde lo más íntimo de su ser, porque bajo la luz de la Luna, aquella casita rodeada de flores y cubierta de enredaderas parecía vivienda de cuento, ideada por un poeta para esconder en la soledad y el silencio la violeta de un casto y sincero amor.

“Sí que la debe querer —pensó Magdalena—, cuando se aleja de todo para quererla”...

Dentro, la voz de Francesca cantaba en el silencio “Vissi d’arte”, la bellísima romanza de *Tosca*, que tantas veces le cantara Magdalena a Raf por ser uno de sus trozos favoritos. Y en el recogimiento de la noche primaveral, la voz de Francesca, cristalina, fresca, ingenuamente apasionada, sollozaba con extraños lamentos de una dulzura infinita que por extraña contradicción evocaban la torva figura de Scarpia. Y el piano adquiría sonoridades inusitadas y discretos de hembra en celo que denotaban la maestría de la mano que recorría el maravilloso tecla-

do. Magdalena avanzó sugestionada por el encanto de la voz. Había olvidado todo y una emoción de belleza y de arte la inundaba, llenándola de admiración y de asombro. Subió los peldaños de la escalinata y entró al recibidor. Se detuvo un instante temerosa, pero la romanza llegaba ya al final y la voz la atrajo como hipnotizada. Dio unos pasos más y quedó en la puerta del salón, un saloncito sobrio y elegantemente adornado. Raf, al lado de Francesca y de espaldas a Magdalena, tenía el codo apoyado en el piano y baja la frente, pensativo y abstraído. La romanza llegó al final y la voz se fue apagando lentamente, suavemente como un suspiro que se borra en el viento... Raf se acercó en silencio y besó a Francesca en la frente, con los ojos húmedos en llanto. Francesca y Magdalena también lloraban. De pronto, al hacer girar la silla, Francesca advirtió a Magdalena.

—Magdalena...

—¡Francesca, otra vez!...

Raf se había puesto en pie todo azorado.

—No temáis, amigos míos, no temáis... La fatalidad nos hizo tan iguales que nuestras vidas a veces se enredan y vivimos a ratos la vida del otro. Ya veis, una música que esconde quién sabe qué historia de dolor que nosotros ignoramos nos hace llorar a los tres... Francesca: usted no sabe que la suerte nos ha puesto de nuevo frente a frente. Sus ojos me dicen que

usted ignora que yo y Raf nos hemos amado; pero no temáis, yo vengo a despedirme de vosotros y a decirlos a vos, Francesca, que tenéis la obligación de hacer feliz a Rafael porque él os ama y porque yo renuncio a la felicidad única de mi vida por veros dichosos a vosotros...

—Magdalena, amiga mía...

—Podéis creerlo. Os amo como a una hermana, como a una hija, porque conozco la bondad de vuestro corazón y comprendo que no debo yo agregar una gota más al gran dolor que habéis sufrido durante tanto tiempo... Tenéis derecho de ser feliz y no he de ser yo quien os dispute esa felicidad.

—Pero vos, Magdalena...

—Yo me marcho mañana y he venido a despedirme de vosotros...

—Pero eso no puede ser, Magdalena —dijo Raf.

—Tengo los pasajes todos comprados, y si queréis hacerme el último favor, id mañana a la estación para tener la dicha de veros hasta que el tren se pierda en el camino... Y ahora, adiós...

—Magdalena, amiga mía —gimió Francesca, abrazando a Magdalena, ahogada en llanto.

—Yo sé que sois buena, Francesca mía, no os dé pena. La fatalidad ha querido ponernos frente a frente y nosotros debemos burlarnos de la fatalidad dándo-

nos la mano siempre... —y luego, dirigiéndose a Raf—: Adiós Rafael, y aprenda a querer a Francesca como ella lo merece.

Raf tenía la cabeza baja y los ojos húmedos en llanto.

—Yo la acompañaré a su casa, Magdalena —dijo.

—No, imposible. Id mañana a la estación a las diez.

Adiós...

—Adiós, Magdalena...

Y Francesca, sollozando, se abrazó al cuello de Raf que también tenía los ojos húmedos en llanto.

XXV

Cinco minutos faltaban para las diez, cuando Raf y Francesca llegaron a la estación. El joven compró dos billetes de andén y pasaron. Magdalena les sonreía desde una de las ventanillas de un vagón. Las ojeras profundas y los ojos enrojecidos denotaban una noche de llanto y de dolor, que la bondad de Magdalena quería inútilmente ocultar a los ojos de los jóvenes con su sonrisa llena de amargura y con su gorra de un color primaveral.

—Temía no veros ya. Como tengo el reloj adelantado creía que la hora de salida había pasado ya y que el tren salía por momentos.

—Oh, no hemos hecho otra cosa que pensar en vos. Me da tanta tristeza que os marchéis...

—Lo creo, Francesca, lo creo, y ése es un dulce consuelo que os debo.

—Y que me podéis pagar queriéndome como yo os quiero.

—Mis cartas os lo dirán.

—¿De veras que me escribiréis?

—Sí, de tarde en tarde os escribiré para saber de vosotros y para que sepáis de mí.

El toque preventivo sonó y un estremecimiento febril recorrió el andén.

—Adiós, Francesca.

—Adiós, Magdalena, amiga mía.

—Rafael, adiós... —y la voz de Magdalena le salió del fondo de su alma.

—Adiós, Magdalena, que seáis todo lo feliz que merecéis.

—Quiéralo el cielo, amigo mío.

El tren se puso en marcha y las lágrimas brotaron al fin tumultuosas a los ojos de Magdalena.

—Adiós —dijo ahogada por un sollozo.

—Adiós —murmuraron los jóvenes desde el andén. Y hasta que el tren se perdió en el camino, se vio el blanco pañuelo que enviaba un adiós húmedo en llanto.

EPÍLOGO

Pues me ha encantado tu tierra, chico. No pensé que Panamá fuera tan populosa.

—Ha sido cuestión de año y medio este engrandecimiento de la ciudad.

—Sí, ya se advierte por el corte moderno de la edificación. ¿Quiénes son esos jóvenes a quienes saludaste?

—Dos tipos de novela; muchachos muy simpáticos. A él lo llamamos Raf.

—Ella muy bonita, según parece.

—Sí, y él la conoció de camarera de una fonda donde la tenían secuestrada. Se enamoró de ella, hizo prender a los que la secuestraban, se casó con ella, que resultó heredera de dos millones de dólares.

—Una aventura bonita, ¿eh?

—Tú dirás.

—¿Y esta Venus que se acerca?

—Se llama Tina de Albarrán y también tiene sus milloncejos.

—Pero es una perfectísima Venus Anadiómena con su vaporoso traje blanco.

—Al decir del 65 del presidio, es una Venus de factura.

—¿Qué quieres decir?

—Que estuvo a punto de casarse con un aventurero que resultó ladrón internacional y a quien prendieron un día antes de la boda. Ella parece que tuvo con él ciertas generosidades y él dice que toda la arquitectura que se gasta es de almacén, es postiza.

—Pero eso es horrible.

—¿Y qué quieres que le hagamos? Son cosas de nuestro ambiente.

NOTICIA DEL TEXTO

Con recursos de novela policial y enmarcada durante la construcción del canal de Panamá, *Las noches de babel*, de Ricardo Miró (1883-1940), da cuenta del cosmopolitismo inaugural del país y de sus contradicciones socioculturales. Esta novela corta apareció, por entregas, en *El Diario de Panamá*, del 10 de abril al 22 de mayo de 1913, un año antes de que se inaugurara la vía interoceánica.

En 1984, el Instituto Nacional de Cultura de Panamá y la Editorial Mariano Arosemena editaron dos volúmenes de la *Obra literaria de Ricardo Miró: centenario del natalicio, 1883-1983*. En el segundo tomo, dedicado a la narrativa del autor, se incluye *Las noches de Babel*, junto con otros relatos localizados en periódicos y revistas.

La tercera edición de *Las noches de babel* se publicó, también en Panamá, bajo el sello de la Asamblea Legislativa en 2002.

RICARDO MIRÓ
TRAZO BIOGRÁFICO

Sobrino de la poeta romántica Amelia Denis de Icaza (1836-1911), Ricardo Miró Denis nació en Panamá el 5 de noviembre de 1883. Huérfano de padre a muy corta edad, el pequeño Ricardo, en compañía de su hermano Rodrigo, aprendió las primeras letras bajo el cuidado de su madre, Mercedes Denis de Miró, con quien vivió parte de su niñez en la isla de Taboga.

A los quince años se trasladó a Bogotá, donde estudió durante algunos meses dibujo y pintura en el colegio de Epifanio Garay; posteriormente, se incorporó al Colegio Menor del Rosario; sin embargo, tras el inicio de la Guerra de los Mil Días —evento que dio origen a la independencia de Panamá— se vio obligado a regresar a su tierra natal en 1899.

En 1904 decidió cambiar el pincel por la pluma y publicó, en *El Heraldo del Istmo*, sus primeros poemas, sentidos versos llenos de patriotismo, producidos bajo la influencia del Modernismo y del Neorromanticismo. Miró contrajo nupcias, en 1906, con Isabel Grimaldo Jaén; al año siguiente, ocupó la dirección de la revista

Nuevos Ritos y tuvo un encuentro con Rubén Darío (1867-1916) durante su paso por el país. Publicó en 1908 su primer libro, titulado *Preludios* y participó en la fundación del Ateneo de Panamá.

En 1910, el gobierno panameño lo nombró cónsul en Marsella. Viajó por Francia y España; en Barcelona estableció relaciones amistosas con Santiago Rusiñol (1861-1931), Pompeyo Gener (1848-1920), José María Vargas Vila (1860-1933) y Filippo Marinetti (1876-1944). Ante la nostalgia sentida por el recuerdo de su país natal, escribió los versos de “Patria”, uno de sus poemas más celebrados. Tras un año de estancia en Europa, regresó a tierras panameñas y retomó la dirección de *Nuevos Ritos*.

Años más tarde, circuló entre las páginas del *Diario de Panamá* su novela *Las noches de Babel* (1913), fue nombrado jefe de la sección agrícola de la Secretaría de Fomento (1914), dio a conocer *Los segundos preludios* (1916) y el poema “La leyenda del Pacífico” (1917) y fue designado director de los Archivos Nacionales (1919-1927). Como miembro representante de la delegación panameña, participó en el aniversario del primer centenario de la independencia de Perú (1921). *Flor de María*, su segunda novela, se publicó en 1922 y, en 1925, entregó a la imprenta sus *Versos patrióticos y recitaciones escolares*. En 1926 asumió el cargo de secre-

tario perpetuo de la Academia Panameña de la Lengua y dio a conocer el poemario breve *Caminos* (1929). En 1937, apareció *Antología poética*, compilación preparada por su hijo, Rodrigo Miró Grimaldo.

Ricardo Miró falleció en Panamá el 2 de marzo de 1940. A partir de 1942, gracias a las gestiones del poeta Moisés Castillo (1899-1974), se creó el certamen literario Ricardo Miró, el cual se celebra de manera anual y otorga premios a los trabajos más destacados en los géneros poesía, cuento, novela, teatro y ensayo.

En 1984, para conmemorar los cien años de nacimiento del poeta, se publicó la *Obra literaria de Ricardo Miró*, donde se concentra, en dos volúmenes, la poesía y la narrativa del autor. Algunos de sus relatos fueron recogidos por Mario Augusto Rodríguez (1917-2009) en 1956 en *Cuentos de Ricardo Miró*. La Asamblea Legislativa, en el marco del centenario de la independencia de la república, reeditó las novelas *Flor de María* y *Las noches de Babel* (2002).

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Águila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez

Hernández • Luis Gómez Mata • Verónica Hernández Landa Valencia

• Gustavo Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Gonzalo Fontano

SERVICIO SOCIAL

Alejandro Bernal • Diana Ramos



Las noches de Babel se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 26 de agosto de 2020. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR.